Mª Antonia Bandrés y Elósegui

Hija de Jesús

Biografía

Escrita por

M. Petra Calzada. F.I.

D

LE PRINCIPALI BIOGRAFIE

1) Madre Petra Calzada, *Hermana Antonia Bandrés, hija de Jesús,* Salamanca Establecimiento Tipográfico de Calatrava, 1933.

a.- *Dichiarazione di Suor Lucía Rubio, Segretaria Generale delle Suore Figlie di Gesù.*

Datos biográficos de la Madre Petra Calzada Moreno, Hija de Jesús.

Nació en Logrosán, provincia de Cáceres, el día 23 de noviembre de 1879.

El 12 de mayo de 1904 vistió el hábito de Hija de Jesús en el Noviciado de Salamanca.

Hizo su primera Profesión el 31 d mayo de 1906 y los Votos – Perpetuos el 31 de mayo de 1912, en manos de la Rvma. M. Cándida María de Jesús, Fundadora de la Congregación.

Pasó en esta Casa – Noviciado toda su vida religiosa.

Tenía ya al ingresar en la Congregación el Título de Maestra y trabajó siempre incansable, primero en la instrucción de las Hermanas en Literatura, Arte y Labores manuales.

Durante algunos años ejerció en aquella Casa- Noviciado, que era también residencia de la Superiora General y su Consejo, el cargo de Vicesuperiora.

En 1920 fue nombrada Maestra de Novicias, cargo que, como todos los anteriores, desempeñó ejemplarmente hasta 1928. En esta fecha la nombraron Prefecta de Estudios y Directora de la Revista de los Colegios de la Congregación "Ecos de mi Colegio" a la que dio especial impulso y difusión. A través de ella, mostró la M. Petra –sus buenas dotes como escritora y mujer de espíritu apostólico.

Ella fue también la primera biógrafa de la Hermana María Antonia Bandrés y Elósegui, Hija de Jesús, muerta en Salamanca, en olor de santidad el 27 de abril de 1919, a los 21 años de edad. El gran pensador Rvdo Sr. D. José Artero, Rector entonces de la Universidad Pontificia de Salamanca, puso el prólogo a esta biografía, publicada en 1933, en la que la M. Petra Calzada, testigo ocular durante toda la vida religiosa de la H. María Antonia Bandrés, puso de relieve su capacidad de observación y aprecio de las grandes virtudes que en aquella joven religiosa brillaron desde su niñez hasta su muerte.

"Amantísima de las Misiones entre infieles – leemos en su necrológica – se desvivió porque la Congregación participara en el campo misionero de vanguardia, hasta conseguir verla presente en la misión de Anking. Durante la guerra española

de 1936, en que tanto se destruyó, también se sacrificó cuanto pudo por hacer ornamentos sagrados y allegar objetos religiosos a las iglesias damnificadas.

Se distinguió, sobre todo, por un amor acendradísimo a la Madre Fundadora, con quien convivió durante ocho años. Al incoarse en Salamanca el Proceso Informativo para su beatificación fue la M. Petra encargada de colaborar con el Postulador en el intenso trabajo de recoger documentos, facilitar informaciones, preparar las sesiones y los múltiples detalles necesarios para la buena marcha del Proceso. Puede decirse que, desde 1942, la vida de la M. Petra Calzada estuvo ya centrada en trabajar y suspirar por la propia beatificación de su M. Fundadora, a quien tan especial cariño profesaba.

Mujer de genio vivo y carácter impulsivo, supo integrar estas cualidades en su vida espiritual, de modo que todo fructificó en un servicio sin condiciones a la mayor gloria de Dios y progreso del Instituto.

En 1954, hubo de retirarse a la enfermería, desde la que seguía con todo interés las noticias y acontecimientos todos de la Congregación, sus Noviciados, sus Colegios, sus Misiones… La aceptación plena de la voluntad de Dios en aquella circunstancia concreta fue un punto de apoyo que la M. Petra siguió ofreciendo a las Hermanas en su actividad directa. La comunión diaria era la fuente de su fortaleza y de su paz.

Murió santamente el 8 de enero de 1956, sobre la siete y media de la mañana, a los setenta y siete años de edad y cincuenta y dos de vida religiosa".

(Cfr. *Libro de Cronología,* K. 0-1-151; *Libro de Necrológicas,* K. 7. 1-2-230; José Artero: *"La M. Petra Calzada ",* en la Revista *Ecos de mi Colegio,* Año XXX, n. 360, Febrero 1956, págs. 470-471, en Archivo de las Hijas de Jesús. Roma).

Fdo. *Lucía Rubi*o, Secretaria General

b) JOSÉ ARTERO, *Articolo in memoriam della M. Petra Calzada.*

LA M. PETRA CALZADA

El Señor se ha llevado, piadosamente lo esperamos, a la gloria a la M. Petra para premiarle sus largos y fecundos años de religión y sus muchos méritos y virtudes.

Era un magnífico ejemplar de Hija de Jesús en aquella segunda generación, cuando superados los azares de los primeros años fundacionales, expandida ya ampliamente la Congregación en España y abiertos los horizontes en el extranjero y columbradas ya como próximas las Misiones entre infieles, estaba ya en madurez el Instituto y aun gozaba de los fervores y ansias que suelen encender a las generaciones primeras, y ejercía en plenitud de virtudes y experiencia la Rdma. M. Fundadora.

En esta singular y favorabilísima coyuntura llegó en 1904 con su título de Magisterio a la Religión. Le dio el Hábito aquel gran patrocinador del Instituto, M. I. Sr. D. Ramón Barberá, entonces Canónigo y Vicario General de la Diócesis de Salamanca y luego Obispo de Ciudad Rodrigo y de Palencia. Y la profesión perpetua tuvo la fortuna de hacerla en manos de la Rdma. M. Cándida, Fundadora y Superiora General, que a los pocos días había de entregar su alma benditísima al Señor.

Así, pues, M. Petra, llegó a la Congregación y desarrolló su obra en un período brillantísimo de crecimiento y evolución de su amado Instituto y contribuyó con todas sus fuerzas y habilidades, que no eran pocas, y con todo su amor a la Congregación, a este segundo periodo de su existencia, donde todos los gérmenes de espíritu religioso, impulso de crecimiento y multiplicación de apostolado, colmaron todos los anhelos y planes de la Rdma. M. Fundadora.

Supo transfundir el espíritu de la Congregación recibido inmediatamente de la Madre Cándida, a muchas generaciones de Jesuitinas desde su cargo de Maestra de Novicias.

Cuando llegó el momento feliz y ansiado de marchar las Hijas de Jesús a las verdaderas y específicas misiones entre infieles, fue M. Petra la organizadora de la última preparación del viaje, de los mil detalles necesarios, preocupándose juiciosamente de todo hasta dejar a sus Hermanas en el barco que las había de llevar a las costas de China, soñadas por San Francisco Javier.

La revista “Ecos”, que informa y enlaza a los Colegios de la congregación esparcidos por cuatro continentes, tuvo en M. Petra su iniciadora y Directora primera.

Y cuando se introdujo en la Curia Diocesana el Proceso de Beatificación de la Rdma. M. Cándida María de Jesús, fue ella un elemento primordial infatigable para preparar las sesiones, ofrecer datos, facilitar informaciones, preparar los mil detalles necesarios y convenientes en labor tan compleja y delicada. Y ¡con qué amor, entusiasmo y diligencia trabajaba en cuanto podía facilitar el desarrollo del Proceso! Eran estos trabajos manifestación de su amor a la Congregación y a su Fundadora; y eran también lo que la presentaba a ella misma como un espléndido ejemplar de una Hija de Jesús en sus tiempos más dorados.

Fervorosa, observante, infatigable, su personita pequeña y nerviosa estaba siempre en acción para todas las actividades del Instituto y para las iniciativas que ella misma creaba y organizaba.

Su huella en la Congregación fue profunda y será duradera.

El dolor de su muerte se fue ya templando con los últimos meses en que su salud quebrantada, la retenía en el lecho; pero aún desde él, se informaba, ilustraba y sobre todo oraba por las primeras intenciones de la Congregación,

por sus misiones con los últimos trances dolorosos de su querida e ilusionada China y por los avances del Proceso de Beatificación de la Rdma. M. Fundadora.

Su memoria y ejemplo serán bienhechores en la Congregación y a cuantos fuera de ella recibieron sus influencias provechosas.

Y desde el cielo, como es razón esperar de tan larga, fervorosa y ejemplar vida, intercederá porque estas sus ilusiones y esperanzas sean pronto una realidad gloriosa y triunfante.

Para ella nuestras oraciones y sufragios: de ella nuestros alientos y favores celestiales.

JOSÉ ARTERO
Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca

De la Revista de las Hijas de Jesús "ECOS DE MI COLEGIO", Año XXX, n.360, Febrero 1956, pp. 470-71.

C,- *Texto della b*iografia.

HERMANA ANTONIA BANDRÉS
HIJA DE JESÚS
Por
MADRE PETRA CALZADA
De la misma Congregación

LICENCIA DEL PRELADO
(SELLO)
OBISPADO
DE
SALAMANCA

Salmanticae 14 Novembris 1932

IMPRIMITUR
+ FRANCISCUS, Episcopus Salmantinus
(Rúbrica).

En vuestras manos, Madre Purísima, inspiradora, sostén y vida de nuestro Instituto, deposito estas páginas, confiando así que Jesús Rey Universal, las acepte y bendiga.- P. C.

PRÓLOGO

La vida de una religiosa jovencita, que apenas traspasó los umbrales del Noviciado, es lo que este libro te ofrece.

No busques en él grandes maravillas.

Es decir, sí, búscalas, que grande maravilla es, la historia idílica a ratos y a ratos dolorosa de un alma pura y angelical, para la que el mundo fue jardín cerrado y valle de

lágrimas, y que a la postre se consumió, como una litúrgica lamparita, en holocausto de expiación y amor.

Y esto es grande y es maravilloso, aunque en la narración no haya acontecimientos trascendentales, ni intrigas de dramático interés, ni la emoción llegue hasta arrancar lágrimas como no sea en las páginas que narran la sublime y dolorosa sencillez de sus últimas horas.

La H. Antoñita que con este familiar y amable diminutivo se la llamaba y se ha perpetuado su edificante recuerdo, ha sido uno de esos prodigios de la gracia, de la divina predestinación – a lo que los humanos podemos augurar – que forman un encantador modelo, de lo que una niña debe ser en el mundo y una novicia en el claustro.

Por eso la lectura de su vida ha de ser altamente edificante muy *formadora,* sobre todo en los Colegios y Comunidades de las Hijas de Jesús.

Está la joven Congregación en sus tiempos heroicos de crecimiento y dispersión: le interesa particularmente conservar su espíritu y presentar modelos en que su primitivo fervor se ostenta fragante y atractivo. Pues bien: después de las biografías de la M. Fundadora, ésta de la H. Antoñita bien puede abrir la serie gloriosa de una galería familiar, que ojalá sea prolífica en ejemplares de virtud tan sólida , imitable y atractiva.

Este es el libro que se os presenta, escrito con íntimo afecto, con segura documentación y con amable naturalidad de estilo.

Leedlo: de su lectura saldréis con provecho, edificación y espirituales emociones.

J.A.

Es menester mirar con mucha atención y detención la santificación de nuestra alma.

M. Cándida María de Jesús,
Fundadora de las Hijas de Jesús,

CAPÍTULO I
EN EL HOGAR: SUS PRIMEROS AÑOS

Antoñita fue la segunda flor que el Señor hizo brotar en el jardín de una familia profundamente cristiana el 6 de Marzo de 1898, en la industrial villa de Tolosa (Guipúzcoa), y como se dice en unos apuntes biográficos publicados, nació cuando una triste oleada de dolor invadía sus casa al recuerdo de aquella ejemplar Dª Natalia Ansola, Vda. De Elósegui, su abuelita materna, quien con una muerte santa y envidiable, reflejo de lo que fue su vida, dejó este valle de dolor para volar a su Dios.

El día 8 del mismo mes tuvo la dicha de ser regenerada con las aguas del Bautismo en la iglesia parroquial de Santa María, siéndole administrado este

sacramento por D. Patricio Orcáitegui, imponiéndole los nombres de: María, Antonia, Josefa, Inés.

Sus mismos padres, D. Ramón Bandrés y Dª Teresa Elósegui, afirman que desde los primeros años Antoñita fue marcada con el sello de la cruz, y de ahí la indefinible melancolía que unos ojos escrutadores podían descubrir en ella a través de la sonrisa dulcísima quede ordinario retozaba en sus labios.

De genio vivo, dotada de un natural sensible y de un corazón grande, necesariamente había de sentir vivamente las contradicciones y penas, pero comenzó a dominarse desde muy pronto, alcanzando un temple de alma tal, que llegó a no mostrar la gran violencia que en muchas ocasiones tenía que hacerse, y sólo un ligero carmín que tenía sus mejillas, a la vez que una agradable y angelical sonrisa, que entreabría sus labios, delataban el momento de la lucha y el triunfo obtenido.

Acostumbraba a referirlo todo a Dios, la palabra áspera, el gesto mortificativo y las mil contrariedades que el Señor le deparó en su camino. A los once años era la misma dulzura.

Hasta su educación, dicen sus padres, difirió de la de los demás. Debido sin duda a su débil salud y a la ternura angelical que en su hija brillaba, trataban de agasajarla, proporcionándole cuanto fuera de su agrado. No lo permitió el Señor, queriendo ya desde entonces acrisolar su virtud. Todo se desvanecía, caían por tierra los proyectos más halagüeños, haciendo que la niña no gozara de aquella satisfacción; y esto era continuo.

Por eso se la oía decir muchas veces con un dejo de amargura, pero siempre sonriendo *. “Basta que lo quisiera yo… Si es Jesús el que todo lo permite”.

Antoñita comprendió bien pronto que cuando Jesús entra en un alma que mucho ama, nunca entra sin su cruz.

Dulce encanto era para la angelical niña practicar la virtud sin ser vista, prevenir los menores deseos de cuantos la rodeaban, muy especialmente los de su madre a quien siempre amó con un cariño tiernísimo, haciendo suyas las penas del ser querido y buscando siempre consuelo para ellas y las de todos los suyos.

Muchas veces dice su buena y excelente madre. Riñendo yo a sus hermanitos, se me acercaba mi ángel y, “¡Amacho, yo tengo la culpa, no ellos ¡ - Pero si tú no estabas! – Sí, pero algún mal ejemplo que yo les he dado”.

El tesoro de ternura que encerraba su corazón para con los suyos y su amistades se extendía a los extraños.

La vista de los menores infortunios, hondamente la impresionaba y era ingeniosa en proporcionarse recursos, para hacerlos más llevaderos.

Tenía en su cuarto un altarcito formado por ella, y en él una imagen de la Inmaculada, de donde pendía una bolsita con esta inscripción: “Para depositar obsequios”. Allí llevaba a sus hermanitos presidiendo las devociones que juntos hacían a la noche y a la mañana, y de ordinario cerraba esas devociones con esta aspiración muy suya : “Niño mío de Nazaret, enséñame a callar y obedecer”; y estimulados por

Antoñita depositaban en el bolsa sus golosinas, que sacrificaban como ella les enseñaba, por amor al Niño Jesús y a la Santísima Virgen, aumentando todo ello con otras cositas que reunía y que en día señalado se encargaba de repartir a los niños pobres, privándose para ello de sus gustos, con gran consuelo de su alma. En tan seguro banco depositaba la ejemplar niña sus ahorros.

Esta caridad con los pobres, fue muy de notar siempre en ella. ¡Cuántas veces, dice su madre, vi a mi angelito al regresar del colegio, y a pesar de la crudeza del tiempo, llamar a una de las sirvientes, y dándole una cestita que contenía limosnas, dirigirse a las casas más necesitadas, bien conocidas suyas, por haberme oído contar las miserias que contemplaba yo, en las visitas de la Conferencia!.

Allí dejaba a su corazón prodigar consuelos, entremezclados de consejos que destilaban la resignación y la paz en aquellos hogares. Así muchas de las familias por ella socorridas, cuando más tarde Antoñita marchó religiosa, se amargaban de que con su ausencia había huido la felicidad de sus casas. “Era nuestro ángel de paz, decían, y en medio de nuestras penas, con ella éramos dichosos”.

La mujer de un obrero decía: “Cuando mi marido volvía a casa, fastidiado y cansado del trabajo, dispuesto a emprenderla con el primero que de casa se le acercara, y de ordinario excitado por el alcohol, bastaba que aquel ángel de la señorita se presentara, para que la escena se trocara; la fiera como por encanto se transformaba en manso cordero. ¡Oh, no podemos olvidar a la señorita, nos hizo tanto bien!”.

¡Tal influencia ejerce y tal atractivo posee la virtud!.

Muchas veces cuenta una de sus amigas y condiscípulas con una gracia especial y muy suya, nos pedía el dinerillo que teníamos para la merienda o cualquier otra cosa, con estas o semejantes palabras: “Mirad, por amor a Jesús, dadme ese dinero y compraremos algo para tal familia pobre y se lo daremos “.

¡Cuánto gozaba con ello! Y de éstas tenía muchas, y puede añadirse de ¡cuántas sólo eran testigos su Dios y su Madre Purísima.

Así desde sus primeros años creó en torno suyo Antoñita una atmósfera de estimación y simpatía, que una persona que en ello fijara la atención necesariamente había de deducir que aquella niña con el tiempo llegaría a ser algo no ordinario.

Sobre este particular dice una religiosa Adoratriz que desde niña la conoció: “Me supo a bien poco lo que me dices de nuestra Antoñita (se refiere a la santa muerte, que le fue comunicada por escrito). Mucho me encomiendo a ella, ¡ y si vieras cómo me atiende! Siquiera para recompensar lo muchísimo que la quise. Me da gusto pensar que ahora lo sabrá, pues yo no podría decir el cariño que sentía por aquel angelito”.

“Ya desde que estaba en brazos de la *iñude*; qué emoción del cielo sentía cada vez que se acercaba y qué vacío y pena cuando se volvía a alejar!”.

“ Y esto cada día, y no debía ser sólo a mí a quien este sentimiento causaba su visita, pues recuerdo entre otras cosas, que un día en que se comentaba entre varias

señoras jóvenes una bonita función de teatro que había tenido lugar en el Colegio de Tolosa (Guipúzcoa), dice una de ellas, M.S: : "Yo no sé nada de lo que hicieron, pues me tocó estar al lado de Teresa, que tenía consigo a su segunda niña (Antoñita) de unos cuatro años, y no tuve ojos más que para mirar a aquella criatura sin poder de dejar de mirarla, pues no sé lo que tiene esa niña".

Por cierto que cuando El Señor quiera enaltecerla, nada extrañará a ninguno de cuantos la conocieron.

Solía privarse de lo que más le gustaba por ofrecérselo a sus hermanitos, y se notó que aún demostraba disgusto de lo que a veces ansiaba para que con facilidad lo tomaran.

"Recuerdo, dice su hermana mayor, un caso entre otros. Acababa Antoñita de preparar un plato de huevos para su almuerzo. –Qué rico debe estar, la dije – Para ti, me replicó; yo tomaré otra cosa y en vano me esforcé, ni siquiera lo gustó, sabiendo yo que era su plato preferido".

El sacrificio era la bella flor que de ordinario ofrecía a su Dios por manos de María, y es que en su corazón, desde muy niña, había germinado y se iba arraigando profundamente, un deseo ardiente de perfección.

Los oficios más humildes, lo más costoso y de menos brillo, fue siempre lo preferido y lo que llevaba a cabo con más gusto, sobre todo cuando se creía sola. Era el ángel del hogar.

Al llegar su padre a casa, bien pronto notaba si algún disgusto o asunto le tenía preocupado, y unas veces con los hermanitos pequeños, otras narrando algo agradable que le hubiera ocurrido al ir o llegar al colegio; algo que le gustara, llena de intenso cariño le distraía por completo.

Amigas de la infancia recuerdan que jugando con ella en casa, a veces interrumpía sus inocentes juegos diciendo: "Voy a barrer el desván", o buscaba algún otro trabajito humilde.

Por la noche, cuando todos se retiraban y las chicas quedaban limpiando el calzado, salía ella de su cuarto descalzándose, para no ser oída, y se ponía a ayudarlas con todo cariño, mientras que les hablaba cosas espirituales, o les enseñaba algo provechoso.

Mucho tengo que sufrir, pero todo mi consuelo, es unirme más y más a mi Dios, por medio de la cruz, clavos y corona de espinas.

M. Cándida María de Jesús

(De sus cartas a M. Antonia Robles).

CAPÍTULO II
VIDA DE COLEGIO

Puede decirse que Antoñita pasó de los brazos de su madre a los de nuestras religiosas en el Colegio de San José en Tolosa, escalando gradualmente los grupos

correspondientes hasta que ya mayorcita asistió con su hermanita Rafaela como medio pensionista.

Su vida en el colegio comenzó en casa era la misma. Su exterior modesto, humilde, y aquel su dulce mirar, que siempre la distinguieron, daban a conocer lo que su corazón sentía.

Siempre, dice una de sus hermanas, se la vio deseosa de madrugar y lo ejecutaba ofrendando así las primicias del día a Jesús, por Quien y para Quien vivía.

Tuvo la dicha de recibirle por vez primera el 23 d Mayo de 1909, en unión de su hermana Rafaelita, en la iglesia del colegio. Las religiosas se encargaron de preparar aquel ángel de pureza que ansiaba recibir al Dios de la pureza. No es para descrito la docilidad y fervor con que Antoñita escuchaba las instrucciones y repetía las jaculatorias, cuáles sus ansias, cuáles sus temores.

A medida de que se aproximaba el gran día, se la observaba más dispuesta siempre a complacer al Jesús amado, por una diligencia más exquisita; en ofrecerle esa porción de sacrificios menudos, inseparables del deber de cada uno y que llenan nuestros días.

Ella comprendió muy pronto la mina inagotable de méritos que de ese filón bien explotado puede sacarse, y se dedicó de lleno a no perder la menor brizna.

Amaneció el día hermoso de su primera Comunión, y una entrega a Jesús Eucaristía por medio de su Madrecita del cielo, coronó las aspiraciones de aquel corazón puro que, desde entonces cada mañana, renovaba su amorosa oblación, pues desde su primera Comunión tuvo Antoñita la dicha de recibir a Jesús cada día.

De esta fuente de pureza y amor y de su devoción a la Stma. Virgen, sacaba siempre aquella fuerza que la hacía dominarse y sostenerse en medio de la prueba.

Se la veía agitarse tal vez por el dolor y angustia interior, pero vacilar ¡jamás! En estas dos fuertes columnas se sostenía siempre y en ellas encontró siempre lo que buscaba.

A partir de este día se entregó más por entero a la acción santificadora de la gracia que el Señor derramaba en ella muy abundante, por aquello de que “El Señor no se deja vencer en generosidad”, y en Antoñita el amor de Dios, era el que triunfaba, el que la elevaba sobre las contrariedades, el que inspiraba y perfumaba su existencia.

Para mostrar estos dos amores que habían de conducirla a la adquisición de sus virtudes predilectas, humildad y mortificación, “¿quién podrá siquiera enumerar las ingeniosas industrias de que se valía?” Mas no todo se puede decir, hay cosas que pierden su belleza al pretender exteriorizarlas, que se evapora todo su rico y delicado perfume en contacto con el ambiente. Hay que sentirlas, vivirlas, llevarlas muy dentro del alma. He aquí un caso bien edificante, que da idea de su espíritu de mortificación y amor a Jesús.

El día de su primera Comunión, por la tarde, dice su hermana mayor, notaron en casa que cojeaba; al quitarle el zapato vieron con asombro, que la niña tenía una

herida en el pie, hecha por la pícara punta de un clavo. - ¿Por qué no lo has dicho? Se le preguntó. – "No he dicho nada por amor a Jesús que ha venido a mí, hoy".

Entre los escritos que de ella se conservan está el plan de vida y distribución del tiempo, que observaba los meses de vacaciones, y más tarde cuando terminada su educación salió del colegio, nos consta su fidelidad en cumplirlo aun en sus menores detalles.

El hacendista más inteligente no calcula con tanta precisión el alcance de los menores detalles que han de favorecer sus negocios, como Antoñita calcula el de las más insignificantes acciones que llenan su día y que pueden acrecer el caudal de sus méritos ante Dios.

Nada se le escapa en su distribución: Dios tiene siempre su lugar. Buscaba el agradarle y su propio aniquilamiento aún en las más insignificantes cosillas; y cuando más tarde la sigamos en la Religión veremos que estos rasgos se acentúan tanto, que en ellos nos dejó un acabado retrato de su alma. Y es que con una voluntad recta y bien forjada como la suya, fácil era seguir en pos de lo que su razón le mostrara como lo más elevado.

El día lo inaguraba de ordinario muy temprano. Silenciosa y humilde se encaminaba cada mañana a la iglesia y allí con un recogimiento que infundía devoción, hacía su cuarto de hora de oración, comulgaba, oía una o dos misas, visitaba a la Virgen en su altar y volvía a casa presurosa, para llegar puntual al colegio, o ayudar en los quehaceres domésticos; pues practicar la caridad y ser la criadita de todos, constituía una de sus ambiciones más buscadas.

Desde su primer pensamiento al despertar, hasta el último acto del día, todo indica cómo lo ha de santificar; su preparación para comulgar con todo fervor posible y añadía:

"Después daré gracias, haré los propósitos para durante el día y estaré en comunicación con Jesús y la Virgen Santísima hasta que suene en el reloj,la hora de separarme de Jesús". Dice "que estará siempre a disposición de todos, para practicar cuanto la manden con mucha paciencia y humildad", y los suyos son testigos de cuan bien lo practicaba. Si faltaba algo en la mesa era ella la que sin pedirlo, con toda solicitud lo llevaba. ¿Era un cuidado cariñoso una prenda, un objeto que el padre o cualquiera de los hermanitos necesitaba? Allí estaba Antoñita cuya mirada previsora tanto alcanzaba.

No descuida sus horas de estudio de piano, señala el cuarto de hora de examen de conciencia antes de comer, media hora de lectura espiritual por el P. Rodríguez, y no olvida el cómo ha de santificar sus ratos de placer.

"Antes de salir de casa – dice - me retiraré a mi cuarto unos cinco minutos, para ofrecer el paseo a Jesús y durante él procuraré elevar mi espíritu al cielo y hacer bien con mis amigas, interiormente con jaculatorias, etcétera, y enviar a mi ángel de la guarda con actos de amor al Sagrario, etc. Procuraré ir siempre a sitios y con almas que me lleven a Jesús.

No siempre Antoñita pudo evadirse de asistir a espectáculos y diversiones opuestas a sus inclinaciones y deseos. Su edad y posición social, la obligaban a veces a ello; pero nos consta por las que íntimamente la trataron que, aún en ellas sostenía su corazón muy alto, muy unido a Cristo por medio de aspiraciones fervorosas.

Varios casos podríamos ofrecer. Entresacamos el siguiente. Lo encuentro en datos de dos personas, narrados enteramente igual.

"Un día en la estación de San Sebastián, invadida de gente, vimos que movía los labios y al preguntarle que hacía contestó: "Veo tanta gente… que digo a Jesús, si te aman haz que te amen más, y si no te aman… haz que te amen".

Este recogimiento y su constante recuerdo de María Inmaculada, dejábase notar muy pronto en sus conversaciones y cartas; pues lo hacía con la naturalidad de quien está familiarizado con tan dulce pensamiento.

Completa, íntegra y sólida fue la educación que proporcionó alimento sano a la inteligencia y dejó el corazón abierto a los más nobles sentimientos.

Así en terreno tan bien abonado pudieron ser cultivadas y mostrarse tan lozanas, las cualidades que en ella admiramos cuantos la conocimos.

Por eso el paso de niñez a la juventud no fue en ella una transición brusca como de ordinario suele acaecer a la mayoría de los jóvenes. Yo diría más bien que en ese paso se acentuó y afirmó más la característica de Antoñita, su amor a Jesús como ella lo entendía, como lo entendía la Santita de Lisieux, en medio de sacrificios.

Testimonio hermosísimo y de gran valor el emitido por su excelente director espiritual R.P. Martínez , S.J., que reproducimos íntegro ya que por sí solo basta, para justificar sobre ello digamos en estas páginas.

"A la verdad, yo no tendré ninguna dificultad en que salga a la luz pública todo lo que a V. le parezca oportuno para bien de tantas almas; pero antes de que se impriman esas cosas las quisiera ver. Entre otras razones, porque esas notas me podrían recordar algunas cositas edificantes de ella, que hoy por hoy las tengo olvidadas."

"Por lo demás, bien puedo asegurar que desde que tuvo uso de razón conoció a Jesús, y desde que lo conoció a su manera, como niña, no pensó en otra cosa sino en agradarle con la mayor delicadeza posible. Nunca, jamás, se dio cuenta de las buenas cualidades naturales de que había sido favorecida de Dios y así jamás noté en ella la menor propensión a querer presumir, etcétera, etc., y le parecía la cosa más natural, que se la despreciara y que nadie se ocupara de ella. En cambio estaba siempre muy agradecida a todos los favores que de Dios recibía, y desde niña comprendía que Dios quería algo grande de ella y así era sumamente delicada de conciencia y se recreaba mucho en pensar e n Jesús y sobre todo era insaciable en que se le hablara de Él.

"Desde que era muy niña comprendí yo que no era para el mundo, pero su vocación nació sólo de ella y de su comunicación íntima con Jesús. Y aunque muy niña, una vez persuadida de su vocación, jamás titubeó en seguida y en vencer sus luchas

interiores que, a la pobre le nacían de su intensísimo amor y cariño a sus padres, etc, etc.

"No recuerdo los detalles respecto de su sencillez y sobre todo de su humildad muy bien entendida; pues siempre se creía que era la nada, pero a la medida de su humildad era también su confianza en Jesús; y de ahí se espíritu seguro en su camino espiritual que a nada que se le ayudase, crecía en ella más y más el amor a su Jesús, que era a mi juicio característico en ella. Amor a Jesús y amor muy verdadero y práctico, pues lo ponía en constantes sacrificios y mortificaciones.

"Sin ellos no entendía el amor. Así fue Antoñita desde que conoció a Jesús, es decir, desde que tuvo uso de razón. "

"Yo me encomiendo y no en vano todos los días a ella".

Espigando.

CAPÍTULO III

De una de sus amigas que más íntimamente la trató, hoy religiosa Hija de Jesús.

Más que nunca me encomiendo a nuestra Antoñita para que pueda copiar en mí las virtudes que en ella brillaron. Me parece que la que tantas veces y con tanta seguridad me decía que yo sería Hija de Jesús, no querrá dejarme sola y me ayudará desde el cielo para serlo de verdad. ¿No le parece?. Yo apelo a título de amiga con gran confianza le cuento mis necesidades.

"De carácter siempre alegre y juguetona se la veía animando a todas sus compañeras. Si observaba que alguna triste, luego venía Antoñita a alegrarla y no paraba hasta conseguir su intento. ¡Cuántos buenos consejos nos daba! Sencilla y franca con su Director spiritual, nos aconsejaba lo fuéramos también nosotras. Cuántas veces me decía ella: se ríe mi Director de las tonterías que yo debo decirle. Gustaba de confesarse siempre con el mismo confesor, y así deseaba lo hiciésemos las demás, y fue ella quien me condujo a su Director, que desde ese día lo fue también mío.

"Era amiga de mortificarse y con gusto recuerdo cuántos ramilletes espirituales solíamos hacer.

"En los recreos, la mayor parte de las veces sus juegos favoritos (que ella dirigía), eran vestirse de monjitas y formar conventos.

En los días de asueto, tales como el 31 de Mayo y otros, nos reuníamos unas cuantas colegialas, y con Antoñita al frente, cogíamos flores en el campo, para adornar la imagen de la Santísima Virgen que cada una en su casa veneraba. Era muy grande la devoción que hacía esta buena Madre sentía y difundía entre todas las colegialas. Así se veía cómo todas a porfía, durante los recreos hacíamos floreritos para poder colocar en los altares que todas teníamos en nuestras casas. Siempre recordaré el último consejo que me dio en Salamanca, al despedirme de ella. "Sé muy amante de la

Santísima Virgen, acude a Ella en todas tus penas y necesidades. Al acostarte ponte a los pies de María y ofrécele todas tus acciones, cuéntale todas tus penas con sencillez, como lo harías con tu madre, asegurándome que ella lo había hecho así toda su vida y había experimentado los efectos de su protección.

"Gustaba prepararse para la Comunión haciendo antes la meditación, y ¿con qué recogimiento lo hacía! ¡Cuántas veces la envidiaba yo!. A propósito de esta preparación leo en una estampa dada por ella y escrita de su mano, dice así:

"Cuando vayas a recibir a Jesús, procura llevar un ramilletito de mortificaciones, jaculatorias, etc., con lo cual le agradarás mucho y sabrá recompensarte con creces". Estos eran sus sentimientos. ¡Cuán hermosa debía ser su alma a los ojos del buen Dios!".

Y más adelantada en virtud podemos observar que ésta se muestra rasgueada con los mismos perfiles, embalsamada siempre con el aroma de la cruz.

Extractemos de sus cartas algunos de los hermosos pensamientos que contiene.

"¡Cuántas penas y sinsabores ha sufrido por nosotros! Jesús se encargará de recompensarla, ya que nosotros por cuanto hagamos, nunca sabremos corresponder cual lo merece; mas, si Jesús, por el grande amor que le tiene, se digna enviarle alguna partecita de su cruz aunque muy fuerte, apriete nada tema, que no la ahoga, recíbala con alegría y resignación, gloriándose en que está aligerando el peso de la de Jesús. Ella es el camino más recto y seguro que nos ha de conducir al cielo".

(De una carta del 26 de agosto de 1914 a su madre).

"Es preciso vayamos siguiendo el ejemplo del Crucificado, armándonos con la cruz para que peleando como verdaderos soldados de Cristo contra el mundo, demonio y carne, resucitemos gloriosos en la celestial Jerusalén. Más adelante: Yo, gracias a Dios, cada día me encuentro más feliz y con el mayor deseo de verme con el santo hábito, ya pueden pedir mucho para que me prepare bien a ese grandioso acto que dentro de 34 días me aguarda si Dios quiere, y créame me hallo vacía para presentarme a recibir el hermoso título de "Hija de Jesús", del cual soy tan indigna y me parece un sueño vaya a realizarse. Me entrego a mi Madre Inmaculada y en Ella y nuestra M. Fundadora confío se dignará disminuir mi pequeñez y llevarme a Jesús, a quien deseo entregarme por toda la eternidad.

"Dejen todo con mucha confianza en manos de María, que Ella nos llevará a Jesús y Él se encargará de satisfacer nuestros deseos. Digamos todos muy a menudo: "En tiempo y eternidad hágase tu voluntad". Cada día son mayores los desengaños de esta vida, a la que estamos tan apegados, procuremos de una vez unirnos enteramente al Crucificado, entregarle nuestra voluntad, no queriendo otra cosa que lo que Él quiera y disponga. Es verdad que cuesta mucho; pero no temamos, que Jesús será nuestra fortaleza. ¡Ánimo!".

(A sus padres 25 de abril de 1919).

Nadie que haya tratado a Antoñita negará que con su carácter enérgico no se avenían las concesiones reclamadas por el natural, y que su humildad que le hacía creerse incapaz de llegar donde otras llegaban, fue el motor que la hizo marchar tan rápido en el camino de su santificación. Amaba la humildad, la buscaba y la practicaba siempre, y junto con el sacrificio venció su carácter, doblegó la voluntad, supo, como dice Sta Teresita, coger a Jesús por el flaco.

Tengo a la vista datos de una religiosa Clarisa y dice sobre la humildad de nuestra Antoñita, a quien trató en el sindicato d obreras, a donde su deseo de salvar almas le había llevado como así mismo a la catequesis de niñas.

También allí resplandeció su virtud, siendo para todas un modelo de caridad, abnegación y fervor. Siempre dispuesta a sacrificarse y hacer cuanto pudiera por todas, se anonadaba a sí misma para que brillaran las otras, ocultando las gracias naturales que Dios derramó en ella y los dones de que le había dotado.

Ella se creía ignorante. Estábamos un día con las obreras y una de las catequistas le dijo: "Antoñita, empiézame un calado para mi obrera, que tú lo sabrás más bonitos que yo ". Toda apurada contesta: "Yo no sé nada, formal, que no sé no lo sientas, contenta lo haría; pero créeme que nada sé". Y bien lo sabíamos que no por falta de voluntad, que no sabía negar ningún favor, pero cosa que *aparentara* superioridad no lo podía admitir su humildad.

He oído decir de ella que nunca sintió un consuelo espiritual, ¿será tal vez por eso que nunca se notaba en ella entusiasmo, y eso que su trato no era ni triste ni melancólico, sino amable, agradable y a veces tentado a la risa?, pero así en las obras de celo, etc., no se manifestaba en ella ardor y entusiasmo. Por ejemplo. Cuando estábamos en el sindicato, iba puntual y estaba con las obreras todo el tiempo señalado, daban las ocho y media y Antoñita, sin que nadie se diera cuenta se despedía cariñosamente, y ni un momento más. Había noches que en esa hora gozábamos por alguna visita, etcétera. Antoñita había cumplido su deber y,,, en lo demás no hay gusto que la detenga".

Al tratarla diríase que nadaba en un mar de dulzuras, más no fue así repito, pues desde la infancia su patrimonio puede decirse fue la cruz. Luchas, desolaciones interiores, sequedades y amarguras gustó hasta las heces.

Por eso pudo decir con toda verdad al acercarse su muerte: "Para mí todo ha sido duro, seco, rodeado de espinas. A mí no me ha regalado Jesús sus caricias sensibles durante mi vida; pero ahora gozo de una dicha y de un gozo inexplicables y siento que está muy cerca de mí llenándome de alegría. ¡Qué dicha se siente ahora de haber sufrido por Jesús siéndole fiel!".

Su trato, dice, entre otras, una de sus amigas, nos dejaba un perfume de Dios que hacía bien a nuestras almas, ayudándonos a ser un poco mejor.

En cualquiera de sus cartas se encuentran hermosos pensamientos que no dejan duda alguna a estas afirmaciones.

Veo en sus cartas, gracias a Dios, están todos bien y contentos. Mas… como esta no es la vida verdaderamente feliz, sino por el contrario, la muy espinosa y sacrificada, hemos de estar siempre dispuestos y esperando que la cruz nos visite, y dichosos de nosotros si sabemos con generosidad abrazarnos a ella, pues algún día ha de abrirnos las puertas de la gloria donde nos abrazaremos para no separarnos jamás. Entre tanto, unos todos en el Corazón de Jesús y bajo el manto de María Inmaculada (en los cuales a cada momento les pongo), sacrifiquémonos valientes, pasemos el calvario de esta vida miserable para llegar al Tabor feliz, en el cual Dios no permita estemos ninguno separados. Ya le estoy oyendo a mamá: "Jesús", qué chiquilla, no parece sino que todo es gozo para nosotros y desea vernos crucificados, etc. "Pero… nada de eso. Ya sé, amacho que mucho les ama Jesús y por eso les visita muy a menudo con amarguras que también a mí junto a ustedes me ha tocado pasar, pues sepan que sus sufrimientos son para mí como propios; pero Jesús no manda a nadie más de lo que puede, y en este mundo a los suyos sabe mostrarles de vez en cuando algo de la dicha que les espera. Así parece que está haciendo ahora en casa. Mucho ánimo y vivan muy alegres y contentos para atesorar méritos para el cielo y no se apuren que todo antes de mucho se ha de arreglar.

Confíen en María Inmaculada y aquellos angelitos que tenemos junto a ella, quienes de continuo pedirán como yo por sus aitachos y hermanitos."

CAPÍTULO IV
FORJA DE ALMAS

Incontable es el número de las que en el torbellino de sus deseos nunca satisfechos, caminan a ciega en vertiginoso correr de todos los tiempos.

Un medio eficacísimo de disipar las tinieblas en que se ven envueltas, para que rectifiquen la voluntad y encaucen los sentimientos radica en la obra de los Ejercicios Espirituales tan recomendados en estos últimos tiempos, sobre todo por los Sumos Pontífices, ya que como dice nuestro Santísimo Padre Pío XI, al recomendarlos: "En el mundo hay gran falta de reflexión".

Las Hijas de Jesús , cuya misión apostólica es modelar la niñez y juventud femenina, tiene establecida tan santa y utilísima práctica en sus colegios, tanto para actuales como para antiguas alumnas y cuantas desean tomar parte en ellos. El fruto cosechado y los triunfos de la gracia obtenidos, no es fácil precisarlo, pero sí en parte adivinarlos.

En cuanto el que de ellos sacaba nuestra biografiada, tengo a la vista notas de los hechos en el colegio de Tolosa, en febrero de 1913, que fueron tan decisivos para ella. Notas de tanto más valor cuanto que son expansiones de un corazón y alma enteramente dados a Dios, que en medio dl sufrir se sostiene siempre apoyada en su amor enteramente filial y confiado.

"¡Ah, Dios mío! Ya por fin ha llegado la hora de estos tan suspirados días , y yo cuando más fervor debía estar; es cuando menos fervorosa estoy y cuando más triste me encuentro - ¿Cuál es la causa, mi Jesús? Responde a esta tu pobre hija. ¿Has cerrado tus oídos a mis ruegos? Jesús mío ¿qué he de hacer sin Ti? ¿Dónde he de recurrir? ¿A quién llamaré en mi ayuda? No, no creo me abandones. Quizá sea estés escondido dentro de mi corazón preguntando a todos sus latidos, a todas sus fibras por quién suspiran, a quién aman; y todo te dirá que Tú solo eres su amor y que por ti suspiran tan solo.

Pregunta también a mi alma… para quién alienta…, de quién es… y a quien llama de noche y de día, y verás mi Jesús lo que te responden, verás cómo sólo Tú, Tú sólo eres su vida su vivir y su único amor. Cubre, Señor, mis grandes miserias con las perlas de las virtudes de María y mora tranquilo aquí en mi pobre corazón que Ella misma ha adornado para que él repose sin lastimarte… Aprieta esta mi pobre alma contra la tuya de azucenas y blanquéala, purifícala, cristalízala Jesús, mi amado Jesús, para que refleje en su fondo siempre siempre una Hostia consagrada.

Dadme gracia, Jesús mío, para que hoy segundo día de ejercicios, esté más recogida que el primero, y no piense más que en estas tres cosas que yo anoté la víspera de comenzarlas y que el P. Martínez ayer nos repitió lo mismo: *En Dios, mi alma y en la eternidad,* y yo añado ésta; en mi vocación, que tanto me interesa y luchas que me hacen combatir.

Concédeme Jesús mío por mediación de tu Madre Santísima la gracia tan particular que tú sabes te pido en estos tres santos días, y espero que si am í no me escuchas, a vuestra Madre nada habéis de negar."

A la adquisición de las virtudes que atesoraba, muy mucho, le ayudó la acertada dirección de su excelente confesor D. Hilario Oscoz de Tolosa y de su Director espiritual R.P. Martínez, S.I., por entonces superior de la Residencia de la Compañía de Jesús en San Sebastián.

Conocedores ambos de la exquisitez de aquella alma, ya desde entonces toda entregada a Jesús, le permitieron consagrarse por voto su pureza el 13 de marzo de 1913, después de los Ejercicios espirituales arriba mencionados, hechos como todos los años en el Colegio y dirigidos por el P. Martínez, a quien Antoñita declaró los deseos que desde niña abrigaba en su corazón y los temores que le asaltaban.

Estos Ejercicios puede decirse forman época en su vida, ya que en ellos su decisión de consagrarse al Señor en la vida religiosa fue no sólo autorizada, sino asegurada ser toda de Dios que la llamaba para ser Hijas de su Hijo.

Ella misma nos lo va a decir con toda su candorosa ingenuidad.

Día 13. ¡Ah! Cuántos recuerdos tiene este día para mí, Jesús mío; este es el día en que he tenido la primera conferencia con el R.P. Martínez, en la cual le he declarado mi vocación. La primera pregunta que me ha hecho ha sido lo siguiente:

"¡ Tienes miedo, hijita! Le he contestado que un poco. La segunda ha sido esta: ¿Quieres mucho a tu madre? Y le contesté que muchísimo. Me dijo, a ver quién

quisiera que muriese antes, yo o ella, y le contesté que la que Dios quisiera. ¿Pero tú no sentirás gran pena y te encontrarás triste en el mundo, sola, sin consuelos de tu madre? - ¿No es verdad que prefieres morir tú antes que ella? – Le contesté que sí. Me hizo varias preguntas que siempre tendré muy presente, y entre otras cosas me dijo que fuera al pie de la Virgen de los Dolores, le ofrezca mi corazón y le diga que : Cuando me encuentre sin madre ella mire por mí ahora y siempre.

Me ha permitido ofrecer mi pureza a la Virgen desde ahora hasta el día del Carmen, desde el Carmen a la Purísima y así sucesivamente.

En esos días, de modo especialísimo, y en alas de su amo confiado, abre su corazón de par en par y apoyada en ese amor dice: Mis propósitos para estos días:

1º "Estar con el recogimiento posible, teniendo mi alma, mi memoria y mis sentidos todos en Jesús, dejando en este día todo a un lado y no pensando más que en estas tres cosas en mi alma, en Jesús y en la…, (creemos que en estos puntos suspensivos bien puede leerse *vocación).* Pero tú ya sabes Jesús mío que yo no te amo por temor del infierno, ni por miedo de perder el cielo. No, te amo porque tu amor me ha de llevar toda a Ti. No temo el infierno porque sé que si no te ofendo no me has de echar en él y tampoco tengo miedo de perder el cielo, porque sé que si te amo y soy fiel, algún día me has de llevar a él.

No temo más que el pecado, a éste tengo verdadero horror por ser ofensa contra Ti, yo no te quiero hacer sufrir, no, eso nunca jamás. Lo que quiero y muchas veces te lo digo el desagraviar tu Corazón, y aunque no sea digna de sufrir yo por Ti, siquiera un poco de vuestros sufrimientos. Vengan a mí para para aliviártelos.

Virgen Santísima, dadme gracia, para que los haga bien y saque mucho fruto, a fin de que santificada con ellos más y más en el camino santo de la perfección.

También os pido gracia para hacer una buena confesión aunque mi confesor me ha dicho que no me hace falta y tengo en mi interior gran satisfacción, no quiero enorgullecerme por eso. Así como he tenido la suerte de no caer en pecado podía haber caído y a Vos os lo tengo que agradecer porque me habéis librado de él.

Y como sorprendida de sí misma y temerosa de la confesión hecha respecto a su tranquilidad interior, concluye con toda humildad.

"Quizá otra alma (eso seguro) hubiera aprovechado mucho mejor que yo los muchos medios que me habéis dado, me dais para santificarme…, pero aun así, bien mala soy, porque no hay falta por pequeña que sea que no sea gran ofensa contra Vos.

"Yo espero, Jesús, José y María, me habéis de ayudar para sacar mucho fruto y para que *entre todas, esté sola y salga otra".*

Como final añade con toda energía:

"No me he de dejar llevar de los respetos humanos".

Así aparece Antoñita con toda la riqueza de sentimientos de su alma pura y humilde atesora a los quince años, víspera de entrar en los Santos Ejercicios.

Vemos, pues, que el Señor colma de gracias tan santa disposición y ella en sus ansias de mayor perfección que la conduzca a una entrega completa a su Jesús,

sintetiza todo el ideal de esa perfección por entonces, en los propósitos que de estos días de Ejercicios sacó y revelan el amoroso cuidado y diligencia que ponía en no regatear nada de cuanto a la adquisición de esa perfección la condujera.

1º. "Después de haberme levantado y hecho el ofrecimiento de obras iré a misa todos los días que me sea posible.

2º. "Hacer cuando menos un cuarto de hora de oración diaria, siempre que la salud u otra cosa no me lo impida.

3º. "Comulgar diariamente y estar lo más recogida posible antes de la comunión preparándome desde la víspera.

4º "Antes de acostarme entregar mi corazón a la Virgen Santísima para que lo prepare para la mañana siguiente y pueda recibir a Jesús dignamente.

5º. " Estar después de la comunión con el fervor posible y hacer los propósitos para durante el día.

6º. "Vencer mi pasión dominante que es …

7º. "Andar con buenas compañeras, y si alguna vez oigo entre mis amigas hablar mal, hacerles callar, y si insistieran en ello y yo estoy presente, separarme de la conversación.

8º. "No hablar mal de nadie, ni consentir delante de mí que se murmure.

9º." Hacer la lectura espiritual todos los días por lo menos un cuarto de hora y también el examen de conciencia, todas las noches.

10º."Ser humilde, pura, casta, modesta, dócil en pensamientos, palabras y obras".

Sabe muy bien que sola no puede nada y así concluye apoyada en quien todo lo puede y de quien todo lo espera:

"Ayudadme, Dios mío, para que así santificada con ellos (los propósitos), logre adelantar más y más en la perfección y alcanzar la posesión del cielo, donde algún día cante aquel himno que las vírgenes santas entonan: ¡Madre mía!. Hazme pura"".

Cuán bien ajustara Antoñita su obrar a sus deseos, no testifican tanto los suyos, como amigas y religiosas encargadas de educarla. Dicen éstas últimas que : Antoñita poseía algo que no se puede explicar y tienen a gran dicha haber visto crecer aquella azucena en el hermoso jardín, donde tantas flores se cultivan para el cielo y donde todavía se percibe fresco y puro el aroma de sus virtudes, haciendo mucho bien en las almas de sus compañeras y amigas que la recuerdan con cariño intenso, la admiran, desenado imitarla y no pocas a ella se encomiendan.

Si todas las acciones que nos edificaron hubieran de escribirse, tendríamos un escogido ramillete que presentar a los que mucho la amaron.

Difícil sería penetrar las santas industrias para llevar a la práctica su plan diario de santificación propia y de ejemplaridad exquisita en su trato y cómo aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban.

He aquí un caso. Costumbre muy generalizada en nuestra Patria, en familias piadosas es, el hacerse cargo de uno de los altares de la Parroquia a la que corresponden.

La madre de Antoñita cuidaba del de San José. Con ella y alguna de sus hermanas, se encontraba un día en la parroquia de Santa María arreglando el altar, juntamente con otras personas ocupadas en lo mismo con los suyos respectivos.

Desplegaba todo su buen gusto, que por cierto no es escaso, en el arreglo y adorno, y a juicio de cuantas personas lo contemplaban, el conjunto de juego de luces y flores lindísimo. Hasta el bondadoso Santo parecía satisfecho.

Pero… ¿satisfacciones para Antoñita?. No era ese su camino. Contemplando el altar estaban todas en el preciso momento en que un respetable Sacerdote, con toda su autoridad increpó duramente a la que con todo primor daba los últimos toques a su trabajo.

-¡Vaya un modo de colocar flores y luces sin estar dos iguales! Ya puedes quitarlo todo y ponerlo como Dios manda.

Un vivo carmín coloreó las mejillas de la mortificada humilde Antoñita, que sonriendo dulcemente y sin despegar sus labios, hizo que el artístico adorno de flores y luces fuese trocado por otro rigurosamente simétrico, que mereció un ¡Eso es, así es como está bien!, del sacerdote que reprobó el trabajo anterior!.

Dice una de sus hermanas que comentando de rareza lo ocurrido, Antoñita con la gracia que habitualmente desplegaba en semejantes casos, cortó la conversación diciendo: que ciertamente tenía razón el buen señor, pues el altar estaba mejor así, los dos lados iguales y no como estaba antes, todo distinto y sin hacer juego.

Sus deseos de vida más perfecta aumentaban y con ello aumentaba también el furor del enemigo, que a partir de los Ejercicios Espirituales de este año , no dejó de esgrimir cuantas armas tenía a su alcance y el Señor le permitió, para acrisolar más y más alma tan escogida.

Que nada de este mundo me aleje un solo instante de Ti, pues con toda generosidad y ánimo que poseo, me he dejado en tus manos…

Antonia Bandrés.

CAPÍTULLO V
LUCHA Y TRIUNFO

Solía decir Santa Teresita que no comprendía a los santos que no amaban a su familia. ¡Cuán bien hubiera comprendido a nuestra Antoñita que poseía un tesoro de acendrado amor para los suyos!.

Atisbó el enemigo la fortaleza de este ángel y creyó el flanco más poderoso para rendirla, la delicadeza de esos mismos sentimientos, pero no contaba con que si bien su corazón amaba tiernamente a los suyos, ese intenso amor, era sólo en Dios, por Dios y para Dios.

De pronto surge una idea que le hace sufrir torturas de muerte angustiosa… Jesús somete a la hijita querida a una prueba en la que vemos el triunfo de la gracia en un alma que ante todo busca sólo el amor de ese Jesús a quien tan pronto conoció, le amó.

El acendrado amor que a los suyos tenía le impulsa a desistir de su vocación para gozar siempre de su compañía. No falta quien le asegura que la buena orientación y hasta quizá la salvación de alguna de sus hermanas, está en su mano, pues su compañía le es absolutamente necesaria. El mundo le brinda con sus halagos; hay quien sueña con unir su suerte a la de la candorosa jovencita.

¡Sueño y no más que sueño! Antoñita esquiva hasta más mínimo encuentro con toda entereza.

Su mismo confesor que en lo de probar la vocación de sus dirigidas era una verdadera especialidad pone en juego mil artificios para probar la firmeza de aquella vocación que creía vacilante como escribió al Noviciado de Salamanca ocho meses antes de la entrada de Antoñita.

Esta, en tanto sufre en silencio una agonía lenta, pide, sacrifica, no afloja en un punto sus deberes y devociones, expone con toda sinceridad su situación y obedece ciegamente a los encargados de dirigirla.

Su amor filial y confiado en la Santísima Virgen la sostiene en la lucha y la alienta a esperarlo todo de Ella.

Al fin, ayudada de la gracia, el triunfo fue suyo.

Y ¿cómo no, si la idea de consagrarse a su Dios en la vida religiosa constituía la vida de su alma?.

No es el éxito en nuestras obras, sino el esfuerzo que en su ejecución hayamos realizado lo que el Señor premia y Dios siempre recompensa como Dios.

Cada alma en su vivir íntimo encierra algo que le es muy suyo, muy propi, sólo conocido de Dios y para que el obrar de cada uno responda a ese “algo”, es preciso que la voluntad no marche sola, que se apoye en lo razonable para no ser ciegamente impulsada por el corazón.

Como el alma de Antoñita estaba llena de Dios, necesariamente su voluntad tenía que aceptar la de Dios.

Cuál fuera la batalla que tuvo que librar su corazón deja ella misma vislumbrar ya que en el noviciado, dirigiéndose en carta a su hermana mayor. Hoy tres años *maité* (frase d cariño en vascuence equivalente a nuestro *querida),* que después de aquellas borrascas, me trajo la Virgen al puerto de que Jesús me esperaba con tan exquisitos dones, sazonados con su amor.

No era un secreto para los padres la decisión de su hijita aun sin haberles comunicado sus luchas y triunfo. Su comunicación con las Religiosas, la que sostenía con su hermana que estaba punto de terminar su noviciado y sobre todo aquel candor, aquel desprecio del mundo, su espíritu de abnegación, junto con una humildad

extraordinaria y el celo ardiente que por la salvación de las almas desplegaba, dejaban entrever sus ansias de entregarse por completo al servicio de Dios.

Poco trabajo costó a nuestra Antoñita que su buena madre en las intimidades del corazón penetrar sus deseos de seguir los pasos de su hermana Natalia, consagrada a la vida de apostolado en el Instituto de Hijas de Jesús.

Cuantas dificultades presentaba la bondadosa madre, desaparecían ante las persuasivas y firmes decisiones de la hija.

Los días se sucedían veloces para la madre cariñosa que presentía el angustioso vacío en que había de sumirles la marcha al noviciado de su hija querida , y ésta a la vez luchaba entre dos sentimientos completamente opuestos. Ansiaba volar al noviciado y el dolor y angustia que le producía el solo pensamiento de la separación, especialmente de su madre, parecía arrancarle el alma.

También el alma grande de nuestra incomparable santa castellana. Teresa de Jesús, sintió ese intenso dolor.

Para quien esto no ha sentido, no es fácil comprender la lucha entablada en el pobre corazón, donde dos sentimientos, al parecer contrarios, pugnan por ser dueños absolutos, hasta que el uno cede, viendo que al ceder en extensión gana en intensidad y calidad.

Su Director espiritual creyó llegado el momento. La decisión estaba tomada y se fijó el día de la Inmaculada para la toma de hábito, ya que en esa festividad su hermana haría la profesión.

De nuevo la lucha arrecia, pero en tal forma, que la pobre Antoñita, tan hecha a sufrir sin apenas ser notada, deja vislumbrar algo del reñido combate que en su interior se libraba, y fue precisamente por eso que su experto Director creyó prudente hacerla esperar por algún tiempo.

Esto acaecía en el mes de Mayo. Antoñita obedece y firme y constante, ora, trabaja, espera.

Al fin, decidida y valiente , entra en Ejercicios, que serán los últimos que haga fuera de la Religión.

En sus notas íntimas de esos días, dejó pensamientos bellísimos que nos descubren sus disposiciones y la obra del Señor en tan pura alma.

“Día 6-XI-1915. – Ofrecimiento. A tus plantas, Jesús mío, he hecho mi entrega tota a Ti. Me diste una voluntad para con ella obrar a mi capricho, más, ya no es mía, pues a Ti te la entregué junto con las demás potencias y sentidos, los cuales te pido me des gracia para que siempre sean tuyos.

Que nada de este mundo que aleje un solo instante de Ti, pues con toda la generosidad y ánimo que poseo, me he dejado en tus manos, y, Jesús mío, haz de mí lo que quieras, porque sé que me amas.

En Ti dejo, mi Dios, a mis padres, hermanos, parientes, etc., a todos en tu sagrario te ruego nos encierres y también te pido, que, si no he de sacar fruto de estos

santos Ejercicios, me proporciones algo que me impida hacerlos. Mas vuestra gracia, espero serán muy fructuosos.

Jesús, no me abandones.

Jesús me quiere y nada me faltará.

Día 7. - ¿Qué importa al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

¡Oh María, recibe mi pureza y guárdame bajo tu manto: cobijada siempre con él, antes quiero perderlo todo que mi alma.

Ya sé, Jesús mío, que aun cuando en estos días me encuentre con más ánimo para el sacrificio, con más valor para la lucha, con más alegría para la humillación y contrariedad, llegado el momento en que me vea rodeada de estas circunstancias, me será más costoso entonces. Pues, Jesús mío, haz que vaya recogiendo semillas de virtud (en los santos Ejercicios), para que esparciéndolas en mi ingrato corazón, fructifiquen a su debido tiempo, y cuando desolada me halle y la tentación me persiga, cueste lo que me cueste, antes quiero perderlo todo que mi alma.

"Espero, confío, que aun cuando por mí sola nada pueda, con la ayuda de mi Madre Santísima María Inmaculada la del glorioso Padre San Ignacio, M. Cándida, Teresa de Jesús y los tres santos jóvenes de la Compañía, Juan, Luis y Estanislao, cumpliré fielmente mis propósitos. Santos protectores y abogados míos, rogad por mí, a fin de que, como vosotros, agrade a Jesús en todos los momentos."

Día 8.- "Divino Jesús, dígnate enviarme rayos de amor que abrasen mi corazón en tu santo y puro amor.

Heme aquí, Señor. Ya no soy mía sino vuestra. Yo me he entregado y vuelvo ahora a entregarme toda a Vos. Aceptadme Señor, y dadme fuerzas para perseverar fiel y retirarme lo más pronto posible a vuestra casa, donde santamente unida estrechamente a Vos, persevere hasta el fin.

"Glorioso Patriarca San José, sed mi Protector ahora y en la hora de mi muerte.".

Propósitos prácticos de la meditación de la muerte.

1º Tomarla por compañera inseparable, consultando en toda clase de asuntos con ella, usar de las criaturas, tanto cuanto me ayuden a conseguir mi último fin, y alejarme de ellas, tanto cuanto de él me separen.

2º. Después de posarme en mi lecho con Jesús crucificado, dormirme abrazada a Él pensando en que quizá me despierte en la eternidad, y si por desgracia me hallare en pecado, hacer verdaderos actos de perfecta contrición con firmes propósitos, y de lo contrario, dormirme haciendo fervientes jaculatorias en acción de gracias y pidiendo a Jesús me encierre en la llaga de su purísimo costado, abierta por mi amor, y descansar en paz y tranquilidad entregándole la voluntad para que obre según le plazca.

Día 9.- Me he quedado tranquila, aunque el enemigo ha procurado lo contrario; nada más de lo confesado, allí he recordado, y me ha dicho el Padre, que no para los santos votos hace falta que renueve esta confesión, pues la he hecho con un Padre de la Compañía y varias veces.

Qué recuerdos tiene este día para lo que (aunque la inspiración del Señor hace mucho me llamaba) no podía decidirme!; más, por obediencia al Padre habiéndole pedido a Jesús que si mucho me cuesta el sacrificio que me pide, me cueste más todavía, pero con esta cruz me envíe la fortaleza y alegría necesarias para sobrellevarla, y aunque sensiblemente no me siento fortalecida, me dice el Padre que mejor, que no tema y dé muchas gracias a Dios que tanto me favorece y que estoy cumpliendo fielmente lo que Jesús quiere de mí, en medio de todas las amarguras que siento, que son las últimas luchas y seré muy feliz.

Así sea, Jesús mío, pero no me abandones, dame la fortaleza necesaria para lo que me pides. Ya sabes que ciegamente a tu voluntad estoy entregada, para todo cuanto quieras; lo mismo para luchar en primera fila, que en la última, con tal de allí donde esté, cumplir tu voluntad.

De cómo influyera Antoñita con su trato ejemplarísimo en amigas y compañeras de colegio y cómo sabía doblegar sus inclinaciones y deseos ante la voluntad ajena, nos lo va a decir una de sus Profesoras que más íntimamente la trató, y que testigo presencial del hecho, no omite detalle alguno.

Cuando en el Colegio me encargué de la clase a que asistía Antoñita todo el grupo se conservaba como distanciado, efecto de una medida de la disciplina interior del Colegio había impuesto como necesaria.

Las vacaciones se deslizaron con una especie de frialdad por parte de las alumnas, hacia el colegio. Antoñita siguió esa corriente, como es probable, resistiendo a su conciencia tan pura.

El 24 de setiembre vistieron el Santo Hábito las primeras novicias de este Noviciado de San José.

El R.P. Valentín Caballero, hermano de una de las novicias, con la unción que le es propia, habló de la vida religiosa y religiosa de enseñanza. Dijo cosas hermosísimas de tan apostólica obra.

Las alumnas acudieron en masa y Antoñita inclinadísima a estos actos no podía faltar. Como cantora estaba en el coro.

Al salir de él, después de la función se me aproximaron todas, y sin saludarme siquiera de rodillas, Antoñita la primera, en nombre de todas, me pidió perdón por la conducta observada en el curso anterior.

¿Estaba preparado este acto de humildad con anterioridad, o fue resultado de la plática? No lo sé, más en todo caso creo no engañarme si afirmo que fue sugerido por ella, y que aquel su ascendiente ejercido entre sus condiscípulas arrastraba a todas a la más exacta sumisión.

El curso anterior mostré yo deseos de que una imagencita de la Inmaculada, presidiera nuestros actos en clase, pero nada se había hecho.

Lo tomó por su cuenta con todo cariño Antoñita y en pocos días la imagen con su peana-altarcito, apareció a mis ojos el día de Santa Teresa, juntamente con un estuchito que había de colgarse al cuello de la imagen con los nombres de las alumnas.

Todas habían contribuido a la adquisición. Al preguntarle yo de quien había partido la idea, se me contestó por todas: De (¡) Antoñita.

En los recreos daba gusto oírlas, sobre quién había de amar más a la Santísima Virgen, quién había de hacer los mantelitos, cuidar de las flores, etc. Ella (Antoñita), reservó para sí el cuidado de que ardiera durante el día ante nuestra Madrecita, una diminuta lámpara.

Poco después la Rda. M. Superiora, porque así lo creyó conveniente, prohibió el tal alumbrado y nos edificó no poco la sumisión con que Antoñita recibió esta prohibición: más a pesar de que interiormente debió costarle no poco, ni una muestra de disgusto, ni la menor palabra brotó de sus labios.

Como no tenía gran alcance para matemáticas, sufría bastante, pues quería llegar a lo que otras fácilmente comprendían, y tanto sus condiscípulas, como yo, notábamos no pocos actos heroicos, que ante el tablero practicaba.

Estaba en su apogeo durante los recreos, donde ejercía un verdadero apostolado.

Los juegos animados, los cantos de animación en las conversaciones, el estímulo para que la conducta de todas fuera agradable a .la Virgen que tanto nos quiere, "y así tener contentas a las Madres", solía decir…

Al pronto se las veía simulando postulantes, fervorosas novicias y profesas, formando bonitas procesiones y ella también vestida dirigiéndolas. Para tener contentas a las de su grupo y hacer que la asistencia al Colegio fuera sin faltas las traía cositas y hasta de valor como dedales de plata, etc. Y con permiso, en fechas señaladas, como recuerdo, lo daba.

Aborrecía el mundo y no tenía atractivo alguno para ella. Es bien sabido lo que es para un tolosano la fiesta de San Juan; pues ella llegó a dejar a todos sus familiares en la mesa y vino al Colegio a pasar la tarde bajo la magnolia, desde donde nada se divisa.

El año que salió del Colegio, la llevaron sus tíos a Bilbao, con objeto de distraerla presentándola en sociedad.

Recuerdo que a la vuelta me dijo que había sufrido muchísimo en aquella Babilonia (son palabra suyas) y que ella no era para el mundo.

Frecuentó el Colegio con cariño hasta que marchó a Salamanca.

Cuando se le iban acercando los días de partir, sufrió mucho, pues con intenso cariño amaba a sus padres y hermanos. El último día vino a la seis al Colegio: oyó misa, comulgó, desayunó con las internas y subió a la clase sufriendo interiormente; pero disimulando el exterior. Llegó su papá a buscarla y le costaba arrancarse del nido de sus amores, más como su papá le dijese "Antoñita, vamos", al momento se despidió, obedeciendo puntualmente. De todo esto puede deducirse las virtudes de obediencia, caridad y una arraigada humildad que poseía. Conservo una de las máximas que dejó escritas: "María, mi buena Madre, es menester que Vos crezcáis en mí y yo disminuya más que nunca". Mucho enseñó con su ejemplo.

Me encomiendo a ella especialmente en asuntos de Colegio, niñas, disgustos entre ellas, etc., segura que me lo ha de arreglar, pues es grande el aprecio en que tengo su virtud".

Al Noviciado

CAPÍTULO VI
LA POSTULANTE

Bien pronto llegó el día en que era preciso decir adiós a sus padres y hermanos, tan tiernamente amados; a sus profesoras, para quienes en el fondo de su corazón conservó hasta el fin de su vida un agradecido y filial recuerdo; a sus amigas, objeto de una tierna afección, pero toda santa, toda pura, pues que procedía de Dios y la encerraba en Dios, y esto no podía realizarse sin gran violencia en aquel corazón que tanto y tan intenso sabía amar.

Arrancóse de los brazos de su madre, tan entrañablemente querida, y otra Madre espiritual, la Reverendísima M. General de Hijas de Jesús, la estrechó en los suyos recibiéndola por hija.

Dio su último adiós a su querido Colegio, su segundo hogar, puede decirse en el momento de partir para el Noviciado.

El 8 de Diciembre de 1915 comenzó la primera prueba de la vida religiosa, el postulantado, que dura seis meses.

Desde que Antoñita pisó el umbral de la Casa-Noviciado, hasta su partida al cielo, no hizo sino edificarnos con el ejemplo de las hermosas virtudes que practicó, captándose la simpatía de Superioras y hermanas, que la recuerda sintiendo por ella veneración y cariño.

El testimonio de cuantas con ella vivimos y tratamos íntimamente, es el mejor panegírico de su acrisolada virtud. "¿Qué puedo yo decir de ella?, escribe una de sus connovicias, que siempre vi en ella a la religiosa sacrificada, sin notarse jamás que le costase; juna caridad tan fina y obsequiosa, que hacía el encanto de cuantos tuvimos la dicha de tratarla íntimamente. Una obediencia según San Ignacio, perfecta en sus tres grados. Nada me extrañaría si la viésemos en los altares, pues practicó las virtudes religiosas, a mi pobre juicio, en grado heroico. ¿Qué más se puede decir en su elogio? De todo fui testigo ocular. He aquí dos casos entre muchos.

Un día nos llamaron a ensayar una misa en la que ella tenía unos solos, me consta sufría de un dolor y que a la menor insinuación, hubiera sido relevada del ensayo: como en otras ocasiones y como si nada le aquejara, fue a él y repitió una y otra vez el solo, sin que nadie se apercibiera de nada.

En el recreo estábamos otro día y H. Antonia tuvo que oír palabras un tanto duras, que a otra cualquiera hubieran dejado apenada para toda la distribución. Ella, tranquila, con sus mejillas coloreadas (indicio que ordinariamente delataba la lucha

interior sostenida), nada contestó y continuó el recreo con su habitual y tranquila alegría.

Este último, me lo ha narrado otra Madre que le presenció y que cita además los casos siguientes: (Esta Madre tuvo ocasión de tratarla y observarla muy de cerca).

Hª Antonia era muy mortificada y humilde de verdad. Recuerdo entre otros, dos casos que tengo muy presentes. Estaba ella delicada y tomaba en el alimento algún extraordinario, y una novicia que no llegó a profesar, siendo enviada a su casa por falta d espíritu para nuestra Congregación, le dijo: Si, V, está enferma, para que le dan cosas buenas. La humilde Antoñita no despegó los labios y la sonrisa que siempre retozaba en ellos, continuó como si hubiera oído la cosa más agradable.

Ella no da la clave para descifrar las iniciales que corresponden al nombre de esa novicia que le dio no poco que sufrir. Lo vemos en sus notas. Más amor de caridad en el trato con todas, en especial con H. (aquí las iniciales de la novicia). Así era el obrar de Antoñita, siempre tendiendo a la perfección. Haciéndose *contra.*

La misma Religiosa de cuyos labios oí el hecho anterior, me narró este otro no menos edificante." Estaba ya nuestra Hermana algo delicada de salud y, naturalmente, necesitaba de cuidados que en la Religión, gracias al Señor, con maternal cuidado se nos proporcionan, pero que no por eso dejan de ser costosos, para la que los tiene que recibir. Era invierno y una Hermana estaba encargada de llevarle al acostarse agua caliente para los pies. Ella, con la caridad fina y delicada que poseía, para evitar el que la Hermana encargada se molestara en subírsela un día de algún trabajo más que lo ordinario indicó a otra la subiera. Permitió el Señor que a la encarga le pareciera mal y nuestra Antoñita, en silencio, recibió aquella contradicción sin mostrar el menor disgusto, ni hace la menor indicación que justificara el fin caritativo que le habías guiado".

Desde el principio se distinguió por su exactitud en el cumplimiento de las menores ordenaciones, siendo la primera en todas las distribuciones.

Su natural vivo y la actividad que le era tan característica, fueron sus más poderosos auxiliares en conseguirlo.

Ya en el Noviciado Antoñita ¿gozó de alegría interior? Todo al parecer hacía presentir que nadaba en un mar de dulzuras. Aquella su natural sonrisa, siempre retozando en sus labios dispuestos a dar paso a un "si, Madre", confiado, candoroso…; aquella mirada atisbando el menor deseo de lanzarse a realizarlo y… sin embargo, la realidad era, que Jesús se complacía en la lucha y sufrimiento de su hijita y que Él se le ocultaba.

Ella a su vez no quería (así decía), imitando a la santita de Lisieux, sino agradar y consolar a Jesús con las florecitas de sus pequeños sacrificios. Ella misma, a través del consuelo que derrama en sus cartas para los seres queridos, confiesa cuánto le cuesta.

"Mis queridos aitachos y hermanitos: Supongo estarán esperando cartas de Salamanca ¿verdad? Pues allá va. También yo con todo mi corazón quiero complacerles, por más que no siempre realice mi deseo. ¿Por quién sino por Dios y con

su gracia creen Vdes, que nadie es capaz de dejar lo que más se ama en este mundo, cual yo lo he hecho ahora?. Grande es el sacrificio para ustedes, más… no lo es menos para nosotras. Mucho ánimo, que esta vida pronto ha de acabar y en el cielo para siempre nos hemos de juntar. Entre tanto, vivamos animados con la cruz de Cristo, para que ésta nos abra algún día las mansiones eternas de la gloria.

Pidan todos mucho por mi perseverancia en la santa casa del Señor y para que adquiera el verdadero espíritu de Hija de Jesús y me prepare al feliz día, en que reciba mi suspirada mortaja.

Todos los días, desde las cinco y media de la mañana, les consagro y pongo bajo el manto de María Inmaculada, donde le pido nos encontremos siempre unidos, y entre día, sólo Dios sabe, las peticiones y súplica que por su felicidad elevo al Señor. Mas valen tan poco mis oraciones y es tan poca y débil virtud que si no fuera cpor los intercesores que pongo, no sé lo que conseguiría".

Salamanca, 15-12-1915.

Comenzó los seis meses postulantado prescritos por nuestra Regla, el mismo día en que su hermana mayor se consagró al Señor por los santos votos. Las postulantes no pueden, sin permiso, comunicarse con novicias y profesas y Antoñita aprovechó tan excelente medio de mortificarse, prometiendo a la Stma. Virgen no pedir nunca permiso, para comunicarse con su hermana, tan tiernamente amada.

Durante esos seis meses de recogimiento y de práctica de las virtudes y en los cuales la postulante e ensaya para comenzar la vida de novicia, vemos a nuestra Antoñita desde el primer día, aplicada con todo ardor a conocer y practicar cada vez más intensa, la vida interior, bajo el doble y predilecto camino de humildad y sacrificio, que pide el espíritu de nuestro Instituto, como consecuencia de la obediencia que en él se profesa y que tan plenamente respondía a las ansias de perfección que atesoraba su corazón.

Desprenderse de sí misma por la humildad, desprenderse de las criaturas por la mortificación, he aquí el trabajo a realizar desde el postulantado, para conseguir la obediencia ignaciana que se pide a la Hija de Jesús.

Vemos cómo la practicaba Antoñita. Ella mismo nos lo descubre sin pretenderlo cuando con santo abandono deja correr la pluma.

Aitacho, con muchísimo gusto les abrazaría, pero no por mí, dejen de ir a Segovia (en el Colegio de Segovia estaba su hermana, Hija de Jesús), pues con todo corazón ofrezco por Vdes. esta mortificación que servirá para purificar más mi alma y corresponder con amor de hija, con sacrificios, al que tanto se sacrificó por esta miserable criatura, que tan mezquina es con Jesús. Con que… a no desperdiciar kilómetros.

Más al fin, dice: "No dejo de pedir aitachos les dé Dios siempre fuerza, para no condescender en lo que no deben, como lo han hecho por carnaval".

Su voluntad que siempre marchaba en pos de la de Dios, sabía descubrirla a través de los sucesos y abandonarse a ella con filial y amorosa confianza.

Con motivo de la pérdida de una familia amiga en el naufragio del Princesa de Asturias, escribe en carta a sus padres: “No pudo decirles la grandísima impresión que nos ha causado la espantosa noticia de M. S. Cada día son mayores los motivos de desengaños que el Señor nos envía, pero así y todo ¡qué apagados a la vida estamos!” Y después de indicar cuánto pide por el eterno descanso de las almas de aquellos buenos amigos añade: “Conformémonos con la voluntad de Dios, que es quien todo lo permite; quizás fuere ahora cuando mejor dispuestos se hallaban para el cielo y antes de merecer el infierno ellos y sus preciosos hijitos, los ha llevado el Señor a gozar por toda la eternidad, a la gloria, donde muy pronto con la gracia de Dios nos abrazaremos para no separarnos jamás.

Estemos siempre dispuesto, que cuando menos lo pensemos, llega también ese día, en el cual recibiremos, la eterna sentencia que hayamos merecido por el tiempo presente. Suframos valientes, que nada son unos años temporales comparados con la eternidad”. En la misma carta: “Como no es esta la vida verdadera, es imposible poseamos en ella completa felicidad. Aunque mucho cueste procuremos ir penetrándonos bien de esto.”

Su abandono en Jesús, de quien todo lo esperaba, palpita en su correspondencia. Si Dios quiere ya no faltan más que dos meses y días para abrazarnos. ¡Qué gusto aitachos, quiten esos temores nocivos y estén sin cuidado por nosotras, que Jesús que nos trajo aquí, cuidará siempre de nosotras”.

Salamanca, 12-4-1916.

Cuán cuidadosa vivía siempre de conservar su espíritu libremente unido a Jesús, nos lo dirá ella misma, trasluciéndose la lucha constante, que a este fin sostenía.

Amacho en vascuence madrecita mía (¡): Acabo de leer su última. Está muy bien cuanto nos dice, pero procuren venir lo más tarde posible, mejor el 29 que el 28, pues aunque es grande mi deseo de abrazarles y estar en su compañía, quisiera guardar más recogimiento para prepararme a acto tan serio y sublime*”.*

12 de mayo de 1916.

Estos cortes decisivos son el rasgo característico e su vida espiritual y en cierto modo, nos descubre cómo, fue subiendo de virtud en virtud.

Sorprendámosla en sus ejercicios de preparación para el gran día 30 de mayo de 1916, en que vistió la librea tan suspirada, En esas notas se revela tal cual era todo su carácter tenaz y firme en su obrar, de tal modo que éste, ajustado al espíritu del Instituto hasta en sus menores detalles, había de conducirla a lo que ante todo venía a buscar a la Religión.

“Jesús, amor de mi alma, ¡cuán lejos estoy de seguir con exactitud tus huellas, abrazándome prácticamente con alegría, paz interior y paciencia, a la contrariedad y humillación como Vos lo hicisteis por mí! “.

“Reconociendo , pues mi vileza, lo que os pido, Dios mío, s desconfianza de mí, sí, pero alegría espiritual, con una conformidad grande en todo tiempo y ocasión, con

vuestra Santísima voluntad, para que de este modo conserve siempre la alegría espiritual que tan a menudo pierdo…

Yo espero, Señor, con vuestra gracia no desfallecer, y cuando fuere atribulada, y triste me encuentre acudiré a María, haciendo actos de humildad y conformidad con vuestra voluntad, declararé mis miserias a mis Superiores y confesores y me dejaré guiar de sus consejos como venidos de Vos".

Continúa desbordando su sentir con infantil candor, pero asestando los tiros para no errar: Muy en particular te pido, Jesús mío, que mis Superioras, particularmente mi M. Maestra, conozca a fondo mis debilidades, inclinaciones y pasiones y los medios que ella pusiere para desarraigarlos y santificarme más y más, siga yo con mucha sumisión y docilidad, consiguiendo de este modo formar el espíritu que Vos deseáis de mí durante el precioso tiempo de noviciado, para que, depositando fructuosas semillas en mi corazón, fructifiquen lozanas, siendo fiel imitadora de nuestra Madre Fundadora, verdadera Hija de Jesús.

¡Cómo se descubren sus ansias de perfección, ya desde los comienzos de su vida religiosa!.

Lo que ella llama sus propósitos de virtudes que adquirir y vicios que desarraigar y concreta en 16 puntos, encierran la clave para alcanzar el desprendimiento de sí misma y de las criaturas y para asimilarse, como lo consiguió en tan poco tiempo el espíritu del Instituto. Con certera mirada enfoca sus tiros a conseguirlo con la gracia divina que tan abundante la enriquecía.

Espero ayudada de Vos, conseguir muy de veras, deseo cada día con más ansia desear y con seguir:

"Propósitos del día, de virtudes que adquirir o de vicios que desarraigar.

Procuraré todos los días, antes de empezar la oración de la mañana, pasar juna mirada por estas líneas recogiendo para practicar durante el día lo que me parezca que el Señor me pide en el mismo y esto será el propósito de la oración.

1º. Llevar el examen particular con exactitud y este día tendré sumo cuidado en todo lo referente a examen.

2º. Purificar la intención examinándome a cada hora y diciendo la jaculatoria: Jesús mío, en tiempo y eternidad, hágase tu Santísima voluntad.

3º.Renovar a menudo la pureza de intención.

4º. Practicar la humildad haciendo a menudo actos interiores de lo mismo.

5º. Practicar la mansedumbre y no contradecir a nadie en nada, a no ser para defender los intereses de Jesús y entonces con prudencia.

6º. La mortificación procurando no desperdiciar ni una ocasión que se me presente de practicar esta virtud; este día repetiré muchas veces: No, Jesús mío, no puede ser amarte mucho sin padecer.

7º. Haré actos de conformidad con la Divina voluntad, diciendo: Jesús mío, haz de mí lo que quieras porque sé que se me amas.

8º. Me esforzaré por hacer las obras ordinarias extraordinariamente y diré en cada una de ellas: "Jesús mío, por tu amor".

9º. Cuidaré de dar gracias y prepararme para la Comunión, por la mañana diré… y por la tarde: Mañana he de comulgar ¡Oh, dulce Virgen María, para unirme con Jesús preparad el alma mía!.

10º. Practicaré el recogimiento cuidando de guardar mucha modestia y silencio, la jaculatoria particular de este día será…

11º. Me trasladaré en espíritu con frecuencia al Sagrario diciendo: En Espíritu, Jesús mío, en el Sagrario os visito y os pido con humildad todo cuanto necesito.

12º. Usaré de las criaturas tanto cuanto me ayuden a conseguir mi último fin, y me separaré de ellas tanto cuanto me separen; pensaré en cada hora y en cada obra ¿cómo lo haría a la hora de la muerte? Y diré la jaculatoria: Amantísimo amor mío, mi Jesús Crucificado, quiero teneros siempre en mi corazón grabado.

13º. Invocaré constante la protección de María.

14º. Cuidaré de hacer con perfección posible la oración y si en ella sin fervor me encontrare, haré actos de humildad, conformidad, etc., procuraré hacer alguna mortificación y diré a menudo: "Jesús mío, dame gracia para que te agrade mucho en estos momentos".

15º. Me preguntaré a menudo durante este día, particularmente en los festivos: ¿Con qué y cómo daré más gloria y contento a Jesús y María? Y procuraré hacer lo que me dicte la conciencia aunque repugne a mi naturaleza. La jaculatoria de este día será: Madre mía, ayudadme y enseñadme a dar a mi Jesús, amor, pureza y dolor, M. Fundadora.

16º. En este día procuraré conformarme con toda la alegría posible, con la voluntad de Dios, que permite mis luchas y desolaciones y repetiré a menudo, aunque no lo sienta: Dadme vuestro amor y gracia que esto me basta".

Así pertrechada de medios, se acerca y estrecha , para no dejar escapar la menos brizna de gracia, para responder a lo que Jesús le exigía; amor, con amor y sacrificio.

Valiente y firme comienza otra etapa de su vida, que tanto ha deseado; que tanto le ha costado, y que ha de servir para santificarse a sí y jalonar la santificación de otras almas como esperamos.

Recíbeme María, que mi ángel me lleve a Ti y mostrándome que eres mi Madre, dame gracia, para que yo me muestre como verdadera hija tuya.

Antonia Bandrés.

Ejercicios Espirituales 1916.

CAPÍTULO VII

LA NOVICIA

En la Religión, cierto, siempre y en cada obra, a cada instante, la voz de Dios se deja oír y el alma que generosa se lanza en pos de El, no marcha, sino que vuela.

Todo está regulado. Los ejercicios de piedad ordenados y distribuidos con suma precisión, alternando con los trabajos manuales, y demás que a cada una se dedica, si la novicia se habitúa desde luego a practicarlos con fervor de espíritu, bastan por sí solos para vivir la vida interior.

La gloria de Dios en la vida de apostolado, para la Hija de Jesús, ha de conseguirla mediante la propia santificación y con frutos de salvación de otras almas, de innumerables almas, como era el constante deseo y trabajo de nuestra M. Fundadora, debiendo ser realizada en un ambiente de amorosa y filial confianza, para envolver en ella al mundo entero si fuere posible, con el raudal de anhelos de vida de apostolado.

Cuantos tenemos a dicha el haber convivido con esta edificante hermana sabemos cómo trabajaba en todo, por aquello que a la Hija de Jesús le pide su Regla, en la adquisición de las virtudes sólidas y perfectas.

Su obrar tiene un no sé qué, característico y exclusivamente tan suyo que necesariamente se distinguía del obrar de las demás y no es que nuestra Antoñita sintiera atractivo por obras extraordinarias, por rigurosas penitencias, nada de eso, ella se ajustaba al obrar de cualquiera otra. No amaba lo extraordinario en la forma, ni podía amarlo, pues que sentía ser la misma nada como lo afirma su Director espiritual e incapaz de nada, sin pensar que ese mismo creerse nada y ese abajarse, le hacía más grande, pues que a medida de la baja estima, que de sí misma tenía, era también su grandísima confianza en Jesús, que le hacía marchar tan segura y valiente en medio de la contradicción, consiguiendo así formarse muy dentro del Instituto y llegar a ser perfecta, no de cualquier modo, sino perfecta Hija de Jesús.

Me esforzaré por hacer las obras ordinarias extraordinariamente y diré en cada una de ellas: Jesús mío, por tu amor, se lee en sus notas íntimas en los coienzos de su noviciado.

Su fidelidad en practicarlo constituyó ese algo, que, cuantas las conocimos notábamos en ella.

Su abandono en la Voluntad Divina, le presta gran valor en las contradiciones y posee un talismán riquísimo que le impele a infundir ese valor a los demás; la gracia de su vocación, a la que cada día se siente más agradecida, a pesar de lo que con la separación de los seres queridos, sobre todo de su madre sufría: - " No creí nunca me costara tanto, vivir separada de ellos, decía confidencialmente a su hermana religiosa – A veces creo no podré resistir. -¿Quieres avise a casa para que vengan por ti? Le contestó su hermana. - ¡Volver a casa! ¡Ser infiel a mi vocación!. Eso jamás. Quiero vivir y morir Hija de Jesús, cueste lo que cueste; aunque para ello tuviera que dar la última gota de mi sangre.

A ese amor acude sobre todo cuando trata de alentar a los suyos:

Cada día son mayores los motivos de agradecimiento que debemos al Señor por la incomparable gracia de la vocación. Mientras nosotras seamos fieles a quien nos escogió, Él nunca nos abandonará y seguro es su amor; y más adelante:

“No pudiendo compartir su pesares mano a mano, encerrándome con Vdes, en el Sagrado Corazón, procuraré, unida a éste, duplicar mis pobres mortificaciones, pues de todo corazón pido a i Dios que si es necesario sufra yo por la felicidad de mis aitachos y hermanitos, de muy buena gana acepto hasta la misma muerte. – Y más al fin de la misma: ¡Con qué gusto sería su paño de lágrimas; pero ya que hemos empezado todos a seguir a Jesús generosos!... con su gracia, al Calvario, vayamos hasta el Tabor que El nos prepara, en donde seremos felices y nos abrazaremos por siempre jamás”.

“Adiós mi amacho maitia, estoy deseando abrazará papá, espero con la ayuda de Dios, se resignarán ustedes. Me conformo a hacerlo cuando Dios quiera”.

Repitan a menudo: *Señor en tiempo y eternidad, hágase tu voluntad.* De Salamanca, 29 de junio de 1016.

Su entrega a Jesús como lo prometió siempre, supone un cuidado especial y un estudio de sí misma, que nunca perdía de vista. Era sumamente atenta a las indicaciones que se le hacían. Con toda sencillez dice una de las nuestras que más íntimamente la trató, hacía preguntas sobre la cuestiones tanto de espíritu como lo referente a costumbres, avisos, etc., para ajustarse cuanto pudiera conducirla a conseguirlo. Dice su M. Maestra: "Cuando me hablaba de las cosas de su alma era muy sencilla y sincera. No ocultaba nada”.

Este día (antevíspera de su toma de hábito) dice: “Hice mi confesión; general, no me fue permitido, pero casi llegó a ello, con el P. Maestro, quien me dejó muy tranquila sobre cuantos pecados, dudas y preguntas acerca de los votos, etc. le manifesté.

En este estudio se trata sin compasión y de tal modo, que quien leyere alguna de sus notas íntimas aisladas; creería encontrarse ante una de esas almas que alejadas de Dios, ha merecido grandes penas. Claro es que la simple lectura de pocas de esas notas completas, produce efectos enteramente contrarios. He aquí algunas:

“Ya sé, Jesús mío, que no soy digna de postrarme a tus plantas y… cuanto menos de hallarme en fervores sensibles; pero lo que más me angustia es el pensar en la disipación e ingratitud, causa de estar tan lánguida y seca. Más… ya que de una manera particular me muestras tu amor al concederme la inapreciable dicha de los Santos Ejercicios, primeros de novicia dados por el R.P. Sandalio G. Alcalde, S.I. quiero, como el Padre nos ha dicho, entregarme en vuestras manos para que hagáis de mí lo que os plazca. Me uno a las almas que con mayor fervor los han hecho, esperando supla su generosidad, mis faltas. Me entrego a mi Madre Inmaculada, de quien no dudo se mostrara en todo como Madre y me dará gracia para mostrarme en todo como Madre y me dará gracia para mostrarme siempre como hija suya y tuya en título, verdad y práctica”.

“Habiéndome movido en particular (dice en otra nota de los mismos Ejercicios antes citados), la plática de este día sobre el examen particular y general, no quiero dejar de imprimir estos recuerdos.

Veo Jesús mío, que una cosa de la que mucho me debía aprovechar y casi, o sin casi, la más esencial para adelantar en el camino de la perfección, la he practicado hasta el presente con mucho descuido y poco afán, por lo que os pido humildemente perdón y propongo firmemente la enmienda".

Y en otro: "Y…¡cómo yo tan ruin y mezquina para con Vos, que tanta misericordia habéis usado para conmigo!... Es verdad, lo confieso, pecadora grande he sido, usando hasta vuestros mismos dones para ofenderos. Infeliz de mí, que tan mal me conduje. Pero ¡Dios mío!, veo el grande amor que me manifestáis, teniendo tan gran misericordia, que no sólo me concedéis el tiempo y los medios para el perdón, sino que, además reunís sobre esta miserable, aquellas más privilegiadas gracias que en la vida soléis derramar sobra las almas.

"Yo me arrepiento de veras, Jesús mío, y quisiera llorar mis pecados como los santos más arrepentidos los lloraron. Me uno a ellos ¡Dios mío!, amor mío, mi principio, mi fin y todas las cosas y os pido perdón, con firme propósito de antes morir que pecar.

Hasta ahora Dios mío, he malgastado miserablemente el tiempo (1) y si no es por vuestra ayuda, lo mismo haría en adelante. Sólo en Vos confío. NO os canséis, Señor, de esta pecadora que se arrepiente y pide misericordia".

Es preciso tome a pechos práctica y teóricamente, cuanto me conduce a mi santificación, y subiendo con la gracia de Dios y la protección de la Santísima Virgen, todos los grados de santidad, llegar a la cumbre de la perfección.

Antonia Bandrés N., H. de J.

---

1. Notas íntimas de sus Ejercicios Espirituales de 1917, dados por el R.P. Erundino Maestro, S.I.

CAPÍTULO VIII
VIRTUDES RELIGIOSAS

Al tratar de las virtudes religiosas, practicadas por H. Antonia, siempre las vemos girar en derredor de la que por decirlo así, era el centro de toda su vida y que constituyó por sí sola, el encanto de su vida religiosa.

Tan intenso y continuo era el influjo que sobre ella ejercía, que a poco que se la observara podría afirmarse, que sin esa su predilecta virtud, no encontraba atractivo alguno en su obrar. Nos referimos a la humildad.

Es preciso notar que la humildad de H. Bandrés, no era una humildad huraña, adusta y seca, sino por el contrario atrayente, dulce, agradable; una humildad no en cualquiera de sus grados, sino completa, que producía como el más rico de sus frutos, una abnegación tan entera y constante, como lo era aquella caridad tan ingeniosa, tan fina y tan suya, que siempre desplegó.

No demostrar nunca tristeza, fastidio, impaciencia o disgusto dice. Y ¡qué bien supo ajustarse a esta norma muestra mortificada y humilde Hermanita!.

Esto pronto se pasa, no pienses más que en hacerte santa, dice: ¡Oh, Jesús mío!, no puede ser amarte mucho sin padecer. En adelante quiero y prometo ser el verdugo de todas las pasiones que me han incitado al pecado. Quiero domarlas, por medio de una verdadera vida de sacrificio y trabajar sin cesar para que mi alma se presente ante Dios purificada, humilde, contrita.

Yo me abrazo a vuestra cruz, asida del manto de mi Madre y me ofrezco a la humillación, al sacrificio, a cuanto queráis, con tal que no me falte vuestro amor y gracia.

Quiero ser tu esclavita y considerarme también como esclava de mis Superioras y Hermanas, mortificándome por prestarles cuantos servicios pueda, durante toda mi vida permanentemente.

Desde el amanecer, cuando me deje en manos de la Santísima Virgen ofreciéndome para la cruz o cruces del día, diré: “Madre querida haz que no desperdicie un segundo siquiera y que en este día me dé de lleno a mi santificación y arrepentimiento.

Yo deseo de veras no sólo guardar los mandamientos de regla, sino también crucificada siempre con Vos, y muerta por completo al mundo y mi amor propio, cumplir con vuestra gracia, vuestros consejos evangélicos y santas inspiraciones.

Prometo también hoy (1) que cuando se me presente ocasión de sufrir a mis Superioras, Hermanas y demás, procuraré aprovecharme, pensando son medios que me conducen a mi fin y sobre todo recordaré lo que os ofendí y que soy esclava de todas y merecedora de todo desprecio, pues tantas veces merecí el infierno.

Previsora y sumamente diligente de aprovechar, no sólo cuantas ocasiones se le presentaban, sino también buscándolas, procura con toda exactitud llevar a la

(1) 30 agosto 1917, E. E. citados ya

práctica sus ansias de seguir a Jesús, como la más amante y fiel de sus Hijas, previniéndose siempre y en todo, adelantándose a los ardides del enemigo. Como bien avezada a esta clase de luchas y a esquivar los asaltos, dice:

"Cuando se me presente ocasión de mortificarme, humillarme y vencerme, diré con vuestra gracia: alma mía ha llegado el momento en que puedes y debes dar testimonio de lo que con San Agustín pides. Entra en el Corazón de Jesús y no desperdicies este instante feliz, en el que asida al manto de tu Madre vencerás las repugnancias de esta miserable naturaleza. Jesús amantísimo, Virgen Santísima, que en vuestro amor y en la práctica del sacrificio, encuentre mi felicidad y el desprecio del mundo y sus falsos placeres.

"Quiero hacerme muy santa, quiero santificarme en esta Congregación para la que Jesús me ha escogido, dándome de lleno a la observancia d las Reglas y a adquirir el espíritu de sacrificio y humildad, que creo son las virtudes que Jesús me exige las adquiera en grado heroico, para que así, tras ellas vengan las demás".

Con esmero trabaja para que la menor partecita no se le escape, para no sólo no ofender a Jesús, sino para tenerle muy contento, siguiendo sus huellas por el camino de la cruz.

Para ella el dejar obrar a Jesús era uno de sus más caros ideales, costase lo que costase. Esto no le importaba, aún entre tinieblas y llena de angustias interiores, ve la Voluntad divina y esto le basta: y es que H. Bandrés vive en oposición continua con su propia voluntad, haciendo así muy suya la de Jesús, a quien sólo busca agradar.

Ocultarse, achicarse, anonadarse que no se ocuparan de ella. Creyéndose inapta para todo lo referente a clases, llegó a suplicar a su madre tratar con la Reverendísima Madre General, la colocara en el grado de Coadjutora.

Procuraré penetrarme y obrar como criada de todas y la más llena de imperfecciones y menos virtuosa, acordándome de que he prometido a Jesús callar, sufrir, Dios y yo".

Pero lo acabamos de afirmar, para la H. Antonia la Voluntad divina lo era todo y hasta en sus actos de mortificación abnegada y humilde, encuentra un límite: la obediencia, que ella se encargaba de ampliar con gracia sin igual.

Cuando por cualquier circunstancia faltaren en los oficios las Hermanas, procuraré suplirlas y si enfermaren, tendré cuidado de mirar la tabla por si a las tales les toca alguno y pidiendo siempre permiso me ejercitaré en ellos y ofreceré a Jesús, por medio de mi Madre Inmaculada".

Y en otro lugar: "Guiada siempre por la santa Obediencia como el Padre me ha dicho, me ocuparé cuanto pueda en oficios humildes, viendo a Jesús en Nazaret y cuando me encuentre en los estudios, labores u otra cualquiera ocupación, mortificada por no poder hacer o aprender, o porque se me figure no saldré con ello, etc, me humillaré delante de Dios y con mucha confianza, me dejaré en sus manos por medio de la Santísima Virgen y la santa Obediencia.

"Haré cuanto esté de mi parte y me contentaré con pensar cumplo la divina Voluntad y de tal manera deseo mortificarme, que todos los momentos de mi vida, que me pidan cuenta de mis actos pueda responder: Estoy obedeciendo".

¿ Puede exigirse más delicadeza de espíritu, no ya a una fervorosa novicia, sino a la más perfecta Hija de Jesús?

Veamos ahora lo que de nuestra virtuosa Hermana dicen su Madre Maestra y algunas de sus connovicias que sabían apreciar el tesoro de virtudes que encerraba.

Dice su Madre Maestra: "En el momento que hubiera ocasión de humillarse y ejercitar la caridad, estaba cierta de que mi palomita se prestaría la primera a pedir permiso y si se lo negaba, sabía aducirme tales razones, que me veía obligada a ceder con gusto a sus deseos de sacrificarse por todas, ayudándolas en todo lo que fuera más penoso, y de menos satisfacción para nuestra débil naturaleza.

Era tan atenta que no perdía ocasión ninguna para hacer algún favor. Así por las mañanas llevaba en una jarrita agua templada para distribuir a las novicias para la limpieza de la boca. Y de éstas cuántas tenía.

Tal vez alguien diga: ¡Pequeñeces! Cierto que lo son, pero de cuánto valor son estos ángeles previsores en la familia, en las Comunidades. ¡Cuántas faltas desaparecidas, cuántos consuelos producidos en ese obrar caritativo ¡.

"Su humildad bien entendida, dice una de las Madres que por entonces residía en la casa noviciado, le hacía lanzarse a realizar cuanto el Señor le pedía: ¡Ejercicios humildes! Era toda una especialidad en hacerse con ellos. Aún me edifica el recuerdo y me llena de santo gozo, cuando se me representa sonriente, con el delantal y manguitos de oficios en la mano, preparándose para fregar, sacar platos, u otros oficios en la cocina, o bien con la escoba dispuesta a barrer, con aquella ligereza y gracia especial tan suyas, que ponía en todo cuanto ejecutaba.

¡Bendita Hermana que con tanto empeño trabajó en realidad el ideal de la verdadera Hija de Jesús!".

Otra Madre que fue profesora de ella en el Colegio de Tolosa, dice: "En el noviciado, cuando mi tercera probación, me tocó encontrarme con ella en la cocina; en los oficios humildes se me adelantaba, haciendo si posible le era, lo que yo intentaba sonriente y amable como de costumbre".

Una de sus connovicias se expresa así: "Entre otras muchas cosas edificantes, y tenía muchas, que en ella veíamos a diario, y esto sin salir para nada de la vida ordinaria y que recuerdo vivamente, era su humildad caritativa y el modo tan gracioso que tenía de cargarse con lo más costoso y de mayor trabajo en los oficios. Vaya entre otros un caso.

"Teníamos a cargo de nosotras dos la limpieza de una oficina, un mes. El piso era de madera y por más empeño que para ello puse, día alguno me dejaba sacar brillo, y a mis reiteradas instancias de que eso no podía ser, me contestaba con mucha gracia, que a ella le venía muy bien aquel ejercicio y lo sabía hacer, y que por el contrario a mí me costaba mucho, pues yo no tenía fuerza y ella si y con estas y otras razones por el estilo, por muy de prisa que yo anduviera para cogerme el cepillo, más lista andaba ella y buena estaba para soltarle de sus manos.

Lo mismo ocurría cuando a la vez fuimos ayudantes de la Hermana Sacristana. Con aquella ligereza que parecía no tocaba los objetos, no sólo lo más costoso, sino la mayor parte del trabajo, lo realizaba ella, pero con una maña y tal gusto, que siempre parecía nadar en un mar de delicias, cuando la realidad era muy otra.

Ella fue, continúa la misma religiosa, la que endulzó mis primeras penas en la Religión, cuando adivinando lo que pasaba por mí y sin que yo le hubiera dicho nada, se dirige a mí diciéndome: "Póngalo V. todo en manos de la Virgen.

Esto fue para mí como un rayo de luz que me hace ver, en estas palabras, que sufría conmigo.

Era esto característico en ella, allí donde veía una pena, allí donde ella pudiera enjugar una lágrima como ángel consolador volaba con solicitud.

Otro detalle. Cuando al llegar al noviciado me acatarré y debía retirarme antes a la cama, yo que indudablemente en aquellos momentos extrañaba la presencia de mi madre, mi buenísima hermana descorre la cortina (1) y dándome un golpecito en la cabeza, me hace levantar la vista y me encuentro con su angelical mirada que, verdaderamente hablaba de mi alma y suplía la de mi madre. Estos son detalles que dicen toda la finura de su caridad, la delicadeza e ingenio de ella.

Que nos unieron lazos estrechos, no cabe duda. Acaso un escrúpulo mal entendido, me privo de que esos lazos se estrecharan más y más.

Nunca se me olvidará, la despedida que tuvimos cuando ella era revisadora y en sus últimos días de noviciado, al tocarme el curso de revisar, yo mostrándole la imagen de la Virgen nos miramos, nos sonreímos y despedimos. Y con estos recuerdos y tantos otros, ¿no podré esperar que allá en el cielo se acuerde de mí.?

Sólo ansío que su amor al sacrificio, que tanto predominó en ella, se grabe en mí y entonces trabajaremos con ahínco por la salvación de las almas.

Llega el 31 de Mayo de 1924, escribe la misma, y cómo sin darme cuenta, se me representa muy al vivo aquella figura angelical de nuestra Hermana Antonia, al quererla contemplar bien, estudiar las virtudes que en ella se reflejaron y evocar el recuerdo de aquellos días que viví con ella!.

Cierto, yo la traté muy íntimamente. ¿Qué extraño es, pues, que al llegar la fecha en que debía hacer los votos, la busqué más ningún otro día? Jesús y la Virgen quisieron unirnos así.

Por eso nuestros pasos en el noviciado eran iguales, nuestros cargos los mismos y nuestra distribución una, ¿cómo he de olvidar yo aquella caridad que se adelantaba en querer hacer ella lo más dificultoso de nuestro trabajo? ¡Aquellas oraciones que dirigía antes de hacerlo!

---

(1) Ocupaba ella la última camarilla de la fila y yo la inmediata.

¿Cómo no recordar aquel alentarme en las penas que ella adivinaba en mí y sobre todo aquella frase que parece que se la oigo ahora, cuando acabando de llegar

yo al postulantado, un día en que pareció ver en mí algún asomo de tristeza, se acerca y me dice: "Póngalo en manos de la Virgen". Puedo decir que si lo había hecho o no, lo cierto es que sentí mi alma consolada."

Otra de sus connovicias dice a este propósito: Su caridad en este punto se extendía a más. Muchos domingo recé con ella el Rosario por las intenciones de nuestra Madre General y al fina añadía: "Un Padre Nuestro por las Hermanas que sufren".

Y continúa la anterior: "¡Cómo olvidarme yo de aquellos propósitos que juntas hacíamos, de aquellas conversaciones en que nos animábamos a ser todas de Jesús, de aquellos días en que siendo las dos sacristanas, adornábamos a nuestra Virgen, conduciéndose con una delicadeza exquisita. Aquel modo de besar su imagen, aquél!... no acabaría nunca.

Al acordarme de ella tengo una pena y un consuelo. Pena porque la hice sufrir cuando muchas veces me apartaba de su lado, pues, por temor de novicia, creía que cerca de ella iba a apegarme más, y no veía, tonto de mí, que ella no aspiraba a otra cosa que a que yo fuera toda de Jesús. Con esto la hice sufrir, lo sé.

Mi consuelo es el pensar y saber que aquellas jaculatorias que las dos tantas veces dijimos se las oí repetir en aquellos momentos en que volaba al cielo. ¡Ah! Esto a mí me llena de alegría y me parece ver en ello la promesa de que se acordará de mí en el cielo.

Después de todo esto y mucho más que le pudiera decir ¿qué extraño es que el día 31 la vea a mi lado y sienta la necesidad de desahogarme?

Otra dice: "Ella ignoraba que precisamente aquel su olvidarse de sí misma y tener en nada las cualidades singularísimas de que el Señor le había dotado, tenía para nosotras tales atractivos, que buscábamos continuamente su trato y su conversación, que nos unía a Dios y al Instituto y sentíamos deseos de imitarla y de seguir sus huellas."

Otra nos habla, cuál fuera su caridad muy especialmente en los oficios, haciendo ella siempre que podía lo más costoso. Dice: "En los recreos, cuando notaba que alguna estaba triste, se las arreglaba de modo tal, que con todo disimulo, pero con la gracia que le era tan suya, alegraba con su conversación y dejaba caer alguna frase, algún concepto que iba derecho, al corazón de la que estaba afligida.

En los recreos, dice ella, no meterme donde no me llaman, más sí, cuando crea poder hacer algún bien con la divina gracia.

Hacer con la perfección posible los oficios sin temor al qué dirán si tardo en ponerme a estudiar.

Todas, poco más o menos, juzgan de igual modo las virtudes de H. Antonia, coincidiendo siempre en su humildad mortificada y caritativa.

A qué grado llegara H. Antonia en la práctica de estas virtudes, base de toda santidad, puede deducirse de la facilidad y gusto con que se lanzaba en pos de ellas y de su constancia en practicar los actos de las mismas, en medio de aquella ecuanimidad de carácter, tan delicadamente dulce, flexible y acomodaticio, sin perder nada de la entereza necesaria, para que no impere el respeto humano.

Su caridad era sobrenaturalizada siempre, y si en ocasiones se la veía inclinarse, era precisamente hacia el lado que sentía alguna repugnancia, o de donde recibiera algún desabrimiento.

No demostrar nunca (dice), tristeza y fastidio, impaciencia o disgusto y si alguna vez faltare con alguna, antes de acostarme pedirle perdón. (1).

Era corriente en ella ceder, poniendo grandísimo empeño en aducir razones para que las otras quedasen convencidas de que tenían razón y la equivocación era suya.

Con diligente cuidado anota: "No meterme donde no me llamen y en particular cuidaré de esto en las observaciones de mis Superioras y Padres Espirituales y cuando oiga algún aviso, advertencia, orden o represión que pinche mi amor propio, procuraré callar mientras no me pidan parecer; pero repetiré interiormente aunque apretando los dientes: Jesús, manso y humilde corazón, haced mi corazón semejante al tuyo. Si viere que voy a faltar, correré a retirarme de la ocasión si pudiere hacerlo. Virgen Santísima, Madre mía, quiero hacerme muy santa. Antes morir que desagradar a Jesús. Sálvame, guíame, dame fe".

He venido a la Religión a ser santa, a ser tentada, humillada, contradicha, reprendida, a retratar en mí a Cristo, siguiendo sus huellas y crucificándome con él.

Antonia Bandrés N., H. de D.

---

(1)Esto mismo testifican sus hermanas hacía en casa. Jamás, dice su hermana mayor se acostaba sin pedir perdón y esto aun cuando como de ordinario acontecía no sr ella la que había faltado. Solía dejar una estampita escrita con algún pensamiento escrito que lo recordara.

CAPÍTULO IX
CÓMO ENTENDÍA SUS VOTOS Y CÓMO LOS PRACTICABA

Copiar en sí a Cristo, seguir sus huellas crucificándose, hermosísimo programa que la Hija de Jesús ha de trabajar con toda intensidad, desde que penetra en el noviciado y que tan suyo hizo Hermana Antonia Bandrés.

Sostenida en la Obediencia y por ella ayudada, la novicia comienza su trabajo de copia. ¡Qué de pinceladas y cuánta constancia son necesarias, para no decaer, para sostenerse un día y otro; cuando todo marcha viento en popa, lo mismo que cuando se precisa remar contra viento y marea!

Por algo la gran Santa Teresa de Jesús y San Juan Berchmans coinciden en el fondo acerca de lo que es la vida religiosa: Un martirio lento la denomina la primera; su mayor penitencia llamaba el segundo a la vida ordinaria, la vida de exactitud en la Regla en los Santos votos y costumbres.

Paso a paso caminaba Antoñita al fin de su noviciado, llegaba para ella el día en que ligada a su Jesús de modo irrevocable, nada ni nadie de Él la separarían.

Concentradas su energías en hacerse santa y dada la bajeza y humildad en que, como llevamos dicho, Hermana Antonia se anonadaba, nada más natural que, en su vida de sacrificio y obediencia, buscara las virtudes al parecer pequeñas y que tan grandes debieron hacerle a los ojos de ese Jesús, de quien como ella repetía con santo orgullo, era aunque indigna, Hija.

Con toda sencillez expone el estado de su alma, y con toda sencillez se somete a cuanto le ordenan, y es así como pudo hacer frente a las embestidas del enemigo y salir victoriosa, no sólo antes de su vida religiosa, sino principalísimamente dentro de la Religión. “Ser clara (dice), sencilla y pronta en declararme a las Superioras y Padre espiritual, rindiendo mi juicio y voluntad a la Obediencia de éstos, segura de que si así no lo hago, es imposible adelantar en el camino de la perfección que Dios me pide”.

Así el trabajo de modelar su corazón le conduce insensiblemente a una renuncia completa de sí misma y surca velocísima por el camino de la virtud. No se crea que al hacer la disección de su corazón pierde algo del caudal de ternura que encerraba, bien al contrario, la acrecienta, pero deificada, ya con exquisita diligencia cuidaba no entrara en él nada, que no fuera del todo agradable a su Jesús.

En carta a los suyos, dice: “El cariño cierra muchos agujeros y Jesús suplirá en las penas que les persiguen por causa de nuestra separación material, pero espiritualmente creo que cada vez estamos más juntitos. Si pudieran ver mi corazón… Continuamente vivo pidiendo a mi Madre Inmaculada, no permita, que, ninguno nos alejemos de su manto, para que, con Ella y por Ella, nos abracemos en el cielo después de haber cumplido fielmente la voluntad de Dios”.

Pendiente del gran día de su consagración, se sostiene buscando en cada uno de los que preceden, el agradar más y mejor al imán de su corazón, al Jesús, por quien sólo vive, pero de modo tan atrayente y caritativo, que arrastra y cautiva.

Amantísima de su vocación, trabaja porque le ayuden a sostenerse en ella y lo pide en carta a sus padres. Oigámosla.

"Como pueden suponer, mi pensamiento al presente, está casi de continuo en el feliz y suspirado día de la Profesión. Hasta ahora mi noviciado me ha parecido un soplo, y aunque es grande el sentimiento de salir de esta santa escuela, supera el deseo de poder contarme en el número de las esposas de Jesús, emitiendo los santos votos que me arranquen más del mundo y de las criaturas para ser toda y siempre de Dios.

Muy débiles son mis fuerzas para emprender, continuar y perseverar en tan sublimes resoluciones, pero ya que el Señor a la más indigna se las comunica, confío con su gracia y la protección de mi Madre Inmaculada, conseguir lo que deseo. No se cansen de ayudarme con sus oraciones, que más que nunca las necesito. Ya veo el ansia que tienen de venir a esta tierra y no duden que muchísimo deseo abrazarles.

Dejen todo en manos de Dios, que sabe lo que nos conviene y proveerá a *tout.*

Hace mucho tiempo me ofrecí a su Divina Voluntad y lo único que ansío, es cumplirla siempre, guiada por la santa Obediencia, base de la felicidad que aquí se goza.

No creo que Jesús nos pida el sacrificio de separación en el más dichoso día de mi vida; pero de todos modos seamos generosos y ofrezcámonos incondicionalmente.

20-2-18.

Fue la obediencia la que avaloró todas las acciones de la vida de nuestra H. Bandrés, breve en apariencia, pero fecunda en santidad. "Fue muy observante en las Santas Reglas y muy puntual en las distribuciones". Su M. Maestra.

Su obediencia despojada de todo lo terreno, que le hacía ver a Dios en cuanto ejecutaba; de ahí el caudal de méritos que debió atesorar. Desde el principio comprendió lo que enriquece y abrillanta esta preciosa virtud y santo voto, como bien lo probó su trabajo constante en despojarse del juicio y voluntad propios.

La obediencia según el espíritu del Instituto, es la que debe caracterizar a la Hija de Jesús. Por eso se esmeró tanto en su más exacto cumplimiento, por eso siempre la vemos practicarla hasta en los menores detalles con la sencillez de niña y la fortaleza y constancia de santa, cumpliendo su propósito. "Procuraré recibir cuanto me manden como si el mismo Jesús me lo dijera, acordándome de su sumisión por mí, mortificarme en comer más aunque crea me ha de hacer daño, pues la obediencia me lo ordena". Y aquello otro: " Y de tal manera deseo mortificarme, que todos los momentos de mi vida que me pidan cuenta de mis actos, pueda responder : Estoy obedeciendo". He aquí entre otros hechos lo que cuenta una Madre que la trató y observó muy de cerca:

"Le costaba, dice, no poco el estar sentada al piano durante las horas de estudio y como ella me confesaba, al principio salía sin verdadera necesidad del estudio, pero su empeño grande de cumplir el deber, de agradar a Jesús, meta de cuanto obraba, se sobrepuso y aquella voluntad enérgica, ayudada de la gracia, triunfó,

y como ella me contaba después, estaba en él cuanto la obediencia le tenái señalado, con verdadera ansia de cumplirla.

Gustaba mucho de repetir "Fiat" como regalándose con su tema favorito. "Soy bastante torpe y es menester me mortifique un poco para no mandarlos a paseo (se refiere al libro y lápiz en el estudio de francés); pero como el fin e intención porque ofrezco mis estudios, son grandes, al considerarlos, me siento felicísima de poder pasar los días sacrificándome un poco, pero ofreciéndolo por Dios a intención de mis seres queridos".

A sus padres, 12-9-1917.

"Me parece un sueño, cuanto Dios Nuestros Señor se ha dignado conceder a esta indigna criatura. No cesen de pedir corresponda fielmente a tantas gracias, trabajando cuanto pueda material y sobre todo espiritualmente, a fin de que, supliendo así mis faltas, sea útil a mi amada Congregación y ayude con pequeños sacrificios más y más cada momento, a mis amadísimos aitachos (1) y hermanitos".

A los mismos y del mismo año.

Pero si Jesús no lo quiere tampoco ella. "Pidan que si ha de ser para gloria de Dios, aprenda bien y si no, ni nota, ni letra".

20-1-1918.

"Por ahora no les preocupe mi nueva vida, desgraciadamente me falta mucho, para que puedan servirse de mí en las misiones de apostolado. Mi voluntad, a Dios gracias, es grande, de poder trabajar y para ello me dejo en m anos de la santa Obediencia".

31-3-1918. También a sus padres.

Nuestra hermanita era la misma pulcritud, sus prendas de vestir, los objetos que usaba, libros, cuadernos, etc, delataban aquella cualidad que el Santo Obispo de Hipona señaló como una semi virtud. Era de admirar que siendo como era amantísima de los oficios humildes y entre los que fácilmente el más insignificante descuido deja huellas, rarísimo era en H. Bandrés descubrirlas, por mucho empeño que una pusiera en ello.

Esta exquisitez tan propia, bien pudiera aparecer bajo un prisma enteramente opuesto, al verla tan cuidadosa de todo su exterior, compuesto, siempre. Aquellas prendas de su hábito siempre como acabadas de salir del ropero; aquellos libros de estudio y cuadernos de trabajo, todo, absolutamente todo, en su persona y en cuanto le era encomendado, en oficinas y trabajos, cabía indudablemente suponer un cuidado nimio, en cuanto con este punto tuviera relación. La verdad es, que nuestra Hermana siempre en busca de lo más perfecto, obraba en esto, cierto que naturalmente inclinada; pero siempre también espoleada en su amor a la pobreza.

Buena prueba de ello, que siempre estaba dispuesta a desprenderse de cualquier objeto, ofreciéndole por sí misma, un cuaderno, una goma… "Tenga, yo puedo pasar sin ello y a esa Hermana le es muy necesario", o bien: "no lo necesito, no me hace falta". De verdad, decía con aquella gracia que tenía para convencer a una de

que así era en efecto lo que solicitaba de verdad, Madre, que no lo necesito". Y se alejaba encantada.

Ni ¿cómo podría obrar de otro modo la que sabía practicar tan delicada y fina caridad?

Desprendida de sí misma en todo, era natural que tuviera de la bendita pobreza, el concepto que tenía y que por ella se sintiera atraída.

De sus notas espirituales se deduce que el enemigo furioso, no cejaba, y ya próximo el día por ella tan deseado de su entrega total, redobló sus ataques, para ver si de algún modo podía derrocar el castillo de aquella alma purísima. Pero nuestra Hermana, firme y corriendo en pos de la Virgen Inmaculada, manifestaba con sencillez cuanto la sucedía a los Directores de su alma abandonándose en esto como en todo a la voluntad de los que para ella representaban a su Dios. Así anota:

"Y recurriendo a Jesús y la Santísima Virgen, me dijo (se refiere a su Director), que estuviese tranquila. Que me declaraba bien y con sencillez".

Se previene: "Contando con la Madre Maestra me permitió llevar el … (hay un hueco en el que creo puede leerse) cilicio, dos veces por semana hasta después de misa".

Como las distribuciones hasta la que cita, se suceden sin interrupción durante dos horas, ese precisamente era el tiempo que le llevaba y añade: el uso de la disciplina también dos veces por semana.

Renovar la fórmula de los votos al sentirme tentada, como de costumbre y procurar obedecer al Padre en no confesar…

Cuando el enemigo quiera intranquilizarme sobre la confesión general para la profesión, recordaré que el P. M. no me dejó hacerla general y me tranquilizó en lo que le dije referente a…

Y como resumiendo convencida, firme y añorando el triunfo asignado al que es fiel en tiempo de paz siempre, en las cosas pequeñas, anota:

"He de tener tentaciones ocultas y manifiestas; para conseguir feliz éxito de todas, me examinaré con detención de todos mis movimientos en los ejercicios espirituales y tomaré por armas; la oración, la devoción a María, al Santo Ángel de mi Guarda, Santos Protectores, el hacer con perfección especial los Ejercicios Espirituales. Invocar con confianza a María en las tentaciones, sin apurarme, con paz y fe.

Procuraré guardar la modestia y el recogimiento como la Regla me manda y tendré gran cuidado en no desperdiciar ni un acto de mortificación".

Su Madre Maestra dice: "Era muy angelical, arreglada en su exterior, con una modestia angelical que unida a sus atractivos personales, atraía y hacía que en ella se fijaran las demás. En la capilla sobre todo, su recogimiento y compostura infundía devoción…".

Sus ansias de apostolado y de santificación.

El celo de la salvación de las almas notorio en ella desde su infancia, se desarrollaba en aquel ardiente corazón y a medida que el noviciado tocaba a su fin,

sentía mayores ansias de unirse a Dios con los votos de Religión, que le ofrecían amplio campo donde desplegar sus ansias de conquista de las almas, por medio de la educación de las jóvenes y niñas en los colegios, ya que el noble fin de su tan amado Instituto persigue ese ideal.

Por otra parte, H. Antonia que poseía el secreto de su donación total como víctima por la salvación de un alma en particular, presintiendo haber sido aceptado su sacrificio, no sin cierta pena, prevé que su vida corta, le impedirá desplegar sus ansias de apóstol.

Por eso, ya cerca su profesión y en comunicación con su hermana religiosa, expresa las intimidades de su alma, dejando traslucir la lucha que sostenía su amor de apóstol y de víctima.

Lo que me preocupa es el pensar, si llegará para mí el tiempo en que como tú, rodeada de tantas almas para llevarlas a Jesús, pueda trabajar en los ministerios de nuestra amada Congregación, contribuyendo con ello a su florecimiento, viendo al mismo tiempo crucificada con Cristo. ¡Los años pasarán tan pronto! ¿Verdad?

Esta idea, repetida varias veces por ella en distintas ocasiones y formas, dejaban entrever a las que la conocíamos, algo que no acertábamos a descifrar.

Hermana Antonia, dice una de sus connovicias, deseaba mucho comenzar a trabajar en nuestras obras de apostolado. Aunque decía: "No tengo las cualidades que para ellas son necesarias, la Santísima Virgen suplirá".

La encantaba nuestra vida de apostolado tan intenso y extenso como abraza y puede abrazar el Instituto; la salvación de las almas que tanto amaba. Es por esto mismo que en sus conversaciones, cartas y notas, deja vislumbrar lo que en su interior guardaba como un tesoro preciado: "Ganar almas", dice una Madre.

"Pidan que siendo muy santa, sea muy útil miembro de la Congregación, trabajando valiente en el servicio del Señor, hasta agotar mis débiles fuerzas".

(A sus padres. 8-4-1917).

"A trabajar todos por Dios (cada mochuelo en su olivo) y a salvar almas. Aquí estamos en completa revolución, para lo cual necesitamos tener desprendido el corazón. Hace dos o tres días destinaron a siete, esta semana (D.m.) desfilarán unas pocas más y pronto cinco o seis al Brasil. ¡Qué hermoso es esto! ¡Con qué caridad se ofrecen las almas a trabajar por la gloria de Dios! Demos gracias al Señor que así se digna favorecer a sus Hijas abriéndoles nuevos horizontes para ganar las almas.".

Mandan las Constituciones de nuestro Instituto que antes de ligarse a él la novicia, por los santos votos, haga como preparación inmediata los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. El 24 de Abril los comenzó nuestra H. Bandrés.

Entró en ellos con toda generosidad y confianza.

Rastreemos el trabajo de tan hermosa alma en sus notas íntimas.

"Pobrísima, Dios mío, me encuentro al finalizar los dos hermosos años de noviciado concedidos únicamente para prepárame al día de mi oblación… adquiriendo el verdadero espíritu de Hija de Jesús.

Reconozco mi miseria y mala correspondencia a vuestra gracia, pero viendo vuestro Amor misericordioso, llego confiada por manos de mi Madre Inmaculada, a ofrecerme a Vos en sacrificio.

Deseo sólidamente, repararlo en adelante todo, sacrificándome con Vos para siempre, con los santos votos y os prometo con todo el corazón, con vuestra ayuda y la protección de la Santísima Virgen, guardar fielmente durante la vida, pobreza, castidad y obediencia, según mis Reglas, concurriendo a esta observancia siempre con vuestra ayuda, la práctica del *sacrificio y la humildad,* conduciéndome como criada de todas pero sólo y siempre viendo en mis hermanas vuestra Imagen.

Deseo, Jesús de mi alma, formar una celdilla en mi corazón que en medio de gran muchedumbre, viva contigo sola y lo procuraré cumpliendo los siguientes propósitos:

"Cuidado con las palabras en el recreo. Observancia de las santas Reglas, votos costumbres y avisos, en especial si cabe, en lo referente a los Ejercicios Espirituales y mortificación. Esforzarme en humillarme con las obras, reputándome por la última de todas".

Acude como siempre a su refugio la Santísima Virgen y con toda confianza dice: "Bajo tu manto me acojo, Madre de mi alma, para que, cubierta con él, me introduzcas con los seres queridos que te sacrifico, en la llaga del costado de Jesús. Dadme fuerza para luchar, sufrir y perseverar hasta el fin de mi vida, en una práctica cada vez más perfecta de lo que en estos santos Ejercicios me habéis inspirado prometer, para que, viendo sólo y toda por Dios, en Dios y para Dios, logre gozaros con mis padres y hermanos juntos en el cielo".

Anota como para sí, las palabras que el Corazón Sacratísimo, dirigió un día a Santa Margarita, el gran apóstol de esta salvadora devoción: "Para perfeccionarte en la paciencia aumentaré tu sensibilidad y tu repugnancia de modo que encuentres ocasión de humillación y sufrimiento, hasta en las cosas más insignificantes".

Y prosigue depositando en el papel la riqueza de sus sentimientos humildes y confiados:

"No permitáis Dios mío, que la tibieza o una pasión no domada, hagan vacilar mi vocación. En vida y muerte quiero pertenecer al Instituto que me ha recibido en su seno y en el cual me habéis dicho que hallaré mi salvación, procurando vuestra gloria.

Como se robustece el buen grano a medida que se arranca la cizaña y cómo se fortalece el cuerpo a medida que se le libra de los malos humores, derramad en mi alma la gracia y la savia que desprecian otros para que, practicando con más perfección la Pobreza, Castidad y Obediencia y redoblando el ardor y el celo hasta el fin de mi carrera, consiga la palma que habéis prometido a los que han dejado todo, para seguiros". Amén.

Admira la seguridad con que esta querida hermana marcha en su caminito. Se abaja, se humilla, reconoce su nada, pero siempre apoyada en Dios, no decae, no

desfallece, se alienta, y de Dios saca fuerzas para no sólo caminar con paso firme, sino para acumular reservas tan necesarias, en la vida de apostolado.

Con la serenidad y aplomo de quien juzga en tercero, mejor aún, con la delicadeza e interés que un buen médico escudriña al enfermo, para prevenir complicaciones, para curar la enfermedad, H. Bandrés escudriña las situaciones por las cuales atraviesa su alma, pesa lo hecho, calcula lo que debe hacer y sobre todo y por encima de todo, examina qué es lo que Jesús le pide, sin perder nunca de vista reparar lo pasado.

Entresaco algunos pensamientos de sus cartas:

"Otras mil veces, aitachos míos, vendrá el *perete* a visitarles" pero denle en mi nombre con la puerta en los *morros.*

Sola, ni siquiera un paso podré adelantar en este feliz camino en que Jesús me ha colocado, pero confiando que como hasta ahora me conducirá, no ansío más que seguirle siempre hasta la muerte, constante en mi santa vocación, siendo si conviene, apto instrumento que pueda trabajar mucho por llevarle muchas almas y la mía llena de virtudes, pero vacía de las criaturas y sobre todo del yo.

"Pidan mucho, mucho, en especial los Doce Sábados a la Santísima Virgen, que me perdone lo pasado y me ayude a realizar mis deseos, para que todos nos abracemos en el cielo.

Esté tranquila amacho, deje en manos de Dios todo, todo que ya lo arreglará y cuando esos espinos que crecen en su corazón, la puncen, acuérdese que dicen que la parte que Jesús nos da en sus sufrimientos, nos hace ver cuánto nos ama. Con que… quien tanto amor ha demostrado a mis aitachos no les abandonará".

La idea de la correspondencia a su Jesús se nota acentuada a medida que se va acercando el día de sus Votos. Parece la meta de todo su obrar y como que no puede tratar de otra cosa. En sus cartas sobre todo, se nota el reconocimiento que siente por la gracia que la espera.

"Desde que la Rvdma Madre me manifestó la admisión, parece acrecentarse más y más en mí. El deseo de emitir los santos votos y crucificarme con ellos, para siempre con Jesús".

Deja traslucir, que a pesar de todo, el enemigo no ceja de presentarle dificultades, pero adiestrada por la lucha vence. Oigamos lo que respecto a esto dice su Madre Maestra.

"Fue muy amante de su vocación, aunque tuvo muchas y fuertes luchas durante su noviciado; más, como era tan clara de conciencia, pedía ayuda al Señor, a la Santísima Virgen y me manifestaba todo y siendo como era dócil a la obediencia, cualquier cosita que se le dijera le tranquilizaba y animaba a seguir siempre con igual constancia y fervor el camino emprendido.

Permitía el Señor que el enemigo envidioso de alma tan valiente y fiel la tentara de mil modos, aunque lo corriente (dice la M. Maestra) es que saliera él perdiendo y

que nuestra Hermana abajándose, humillándose y venciéndose ayudada de la gracia divina siempre marchar adelante".

En una ocasión me dijo, continúa la M: Maestra: "Yo creo, Madre que cada vez soy peor" y al decirle yo que por qué , me contestó:

-" Yo al principio cuando vine, hubiera hecho los oficios más bajos, de todas, con muchísimo gusto y ahora siento repugnancia en ellos, aun cuando por eso mismo pido continuamente permiso para hacerlos aunque no me toquen, para vencer esta repugnancia".

De hecho esta buenísima Hermanita así lo hacía siempre, dándome nuevas ocasiones de admirar su humildad y mortificación.

Le costaba mucho, aunque otra cosa pareciere, escribir cartas y así me dijo en una ocasión en que su madre le instaba, más bien le rogaba escribiera algunas: "por mi gusto no escribiría ninguna, pero lo tengo que hacer". Y lo hacía no pocas veces, privándose de los recreos extraordinarios que se les concedía para pasear por la huerta".

Dice ella misma en carta a una de sus hermanas:

Si es mucha el ansia de recibir mis reglones dímelo, para que adelante el momento, pues si de provecho te sirven mis pobres pero *cariñosos consejos,* gustosísima sacrificaré algún ratito por complacerte y decirte una vez más, que no te dejes guiar del corazón, sino de la razón y ésta siempre consultada, nunca sola. "¿Me entiendes?"

Oigámosla cómo deja entrever algo de sus luchas en una de sus cartas, el mes antes de hacer sus votos.

"El Señor *pesimismo y algún otro,* asoman el pescuezo, pero procuro abandonarme en mi Madre Inmaculada, pidiéndole sea Ella quien supla lo que me falta y después… quien me guíe aliente y fortifique en el fiel cumplimiento de lo que voy a ofrecer a Jesús".

Que como dice en su última, sólo Jesús y María llenen nuestros corazones, esforzándonos en desprendernos de las criaturas y sacrificando por nuestro Dios, hasta los goces más puros, que Ellos nos podrían ofrecer, es el ideal que persigo, pero necesito mucha pólvora de amor y sacrificio para la explosión".

(Del 7-4-1918 a su hermana religiosa).

Aun cuando resulte alguna repetición no dejo de copiar párrafos de otras en los que bulle la misma idea. Sus votos, su fidelidad.

Estoy suspirando llegue el felicísimo día de crucificarme con Jesús, por medio de los santos votos y por medio de ellos, toda y siempre de Dios.

"Pidan muy de veras renazca a una vida completamente nueva de humildad y sacrificio, a fin de que eternamente sea fiel a mis promesas.

Que sólo Jesús y María ocupen mi corazón y que mi ideal constante sea corresponder a su amor por la práctica del cumplimiento de la voluntad de Dios, guiada y manifestada por mis Reglas queridas y la santa Obediencia".

(14-4-1918) a sus padres).

Rebosando cariño y saturada de los sentimientos que las anteriores, escribe pocos días antes a sus padres:

" No ignoran el amargor que a mi naturaleza ofrece el sacrificio. Sólo por Dios les dejé y a Él y para siempre gustosísima sacrifico a mis más queridos seres, segura que cuanto más nos separemos en carne, más nos uniremos en el Corazón de Jesús.

Que ese sea el asilo en que nos encontremos guarecidos en las tormentas que furiosas busquen inundar nuestras almas, para privarnos del eterno abrazo que con la gracia de Dios nos daremos pronto en el cielo. Sí, abracemos ahora la cruz para que ella nos abra la puerta de arriba.

He pasado unos días felicísimos y ahora solo ansío llegue el momento de hacer mi oblación por medio de los santos Votos, para que ellos me desprendan de las cosas perecederas de este mundo y solo busque las del cielo, término del Calvario".

Pide oraciones como siempre: "Para que me ayuden (dice)", a corresponder prácticamente al título que voy a ostentar de Hija de Jesús.

"Estén tranquilos. Bien saben el consuelo que recibiría viendo a mis hermanitos, pero todo medio de santificación no es provechoso". Un detalle de su cariño intenso y que todo lo prevé :"Traigan abrigo, que las mañanas y noches son frías".

Sí, amacho,
a nadie mejor que a Jesús,
nos puede entregar,
y en ninguna mano mejor que en la suya
nos podemos abandonar.
Sólo en Jesús se halla la paz y alegría
que el mundo nunca nos puede otorgar.
A. Bandrés N. H. de J.

CAPÍTULO X

LA ENTREGA- SU GRAN DÍA

Su delicada conciencia, lo fino de su amor a Jesús, los favores de Él recibidos, sobre todos el de la vocación que cada día agradece más y más; la idea de que la vida religiosa tiene formada, le sugieren los bellísimos conceptos vertidos en sus notas del día de retiro para el tan suspirado de su consagración, que bien puede ser considerado como un verdadero acto de entrega total.

"Este es para mí un día que vacía de virtudes y llena de pensamientos que me roban la calma, sólo parece acierto a decir: Jesús mío, haz de mí lo que quieras porque sé que me amas y recíbeme por manos de María, en tu misericordia que toda, sólo y siempre quiero ser tuya.

¡Oh, Jesús Redentor y Dios mío!, pues habéis dejado en el siglo tal número de almas inocentes ¿cómo es posible que hayáis querido concederme a mí, pobre

pecadora el favor de ser esposa vuestra y abrirme las puertas de este bendita casa, que es tan vuestra?

¡Oh Dios mío!, puesto que queréis otorgarme un tan grande favor, haced que sepa apreciarlo, a fin de que sea agradecida y de que corresponda con mi amor, al amor de que Vos me dais pruebas.

Si me preferís a tantas ¿no es justo que os prefiera a Vos? – Si me hacéis partícipe de vuestras más íntimas gracias admitiéndome en el seno de vuestra familia, ¿no es justo que os dé todo cuanto soy y tengo?

Sí, Jesús, os doy toda clase de poder sobre mí. Tomad mis sentidos, mis miembros, mi corazón, mi voluntad y no me dejéis ser dueña de nada mío.

Vos me habéis conducido aquí. Vos me habéis ayudado a realizar los sacrificios que durante largo tiempo juzgué superiores a mis fuerzas, gracias por vuestro auxilio".

Como siempre, no sabe acercarse a Jesús si el apoyo de su Madrecita del cielo a quien con ternísimo y filial amor descansa tranquila. Así le dice:

"Muy pronto seré esposa de Jesús, entonces, más aún que ahora seréis mi Madre. ¡Oh María, Madre mía guardadme, protegedme, ayudadme, amadme. Amén".

¡Cuán bien se cristaliza lo fino de su corazón, lo agradecido de sus sentimientos: "Si me preferís a tantas ¿no es justo que os prefiera a Vos?" Cuantas tuvimos la dicha de tratarla, sabemos con qué fidelidad le buscaba y prefería en todo, muchísima veces a costa de sacrificios bien costosos. Asegurada por la Obediencia, por la regla, que Jesús lo pedía, se lanzaba a ello costase lo que costase.

Nada más natural que Jesús premiara tal correspondencia como lo tiene prometido, enriqueciéndola con gracias abundantes que la hicieran caminar tan aprisa en la propia santificación.

Su gran día

Llegó para Antoñita, radiante de paz, aureolado de amor recíproco entre la Madre del cielo e hija tan amante y fiel como lo era nuestra novicia.

Ese día tan suspirado revestía para ella como Hija de Jesús, un doble atractivo. Señalado para unirse a Jesús por la triple cadena de los santos votos, fue el día 31 de Mayo, fiesta del Amor Hermoso de la Reina de los Ángeles y Madre de los hombres, a la vez que aniversario del natalicio de nuestra bendita M. Fundadora a quien ella profesaba amor de hija también.

Y el momento suspirado llegó…

"Crucificarme con Jesús , por medio de los santos votos y por medio de ellos toda y siempre de Dios. ¡Que sólo Jesús y María ocupen mi corazón!..." había estampado en su cuadernito pocos días antes. Y la fórmula de los Votos brotó de sus labios tierna, conmovedora, sellando y corroborando los anhelos de toda la vida...

¿Quién podrá describir el ardor de la ferviente novicia al verse a su Dios unida con vínculos tan estrechos? ¿Cuál el número de gracias que solicitaría y le serían otorgadas por mediación de sus Madres queridas para su tan amada Congregación en

momentos tan propicios, y para los suyos, que quisieron compartir su dicha como habían compartido el sacrificio de la separación?

Y no es que le faltaran contradicciones, ni podían faltarle a la que tanto deseaba vivir *crucificada* y que tan bien ajustaba ese vivir a su aspiración constante: "¡Oh, Jesús mío! No puede ser amarte mucho sin padecer ¡".

Por eso, en el fondo mismo de sus amarguras, sabía encontrar aquella paz que, le hacía sobreponerse no sólo a su temperamento vivo y sensible, si que también a los acontecimientos, cualesquiera que ellos fueren, en ese inevitable y continuo chocar del uno contra los otros.

Día grande si los hay el de la Profesión Religiosa, día de dulce e imperecederos sentires que dejó en Hermana Bandrés una huella profunda una nota inconfundible en todo su ser.

Cerrose con la fiesta de la tarde en la que los cantos a la Reina de las flores se sucedían, como para impedir terminara tan pronto aquel día. En ellos tomó parte la nueva profesa con aquella su voz dulcísima que tanto se adentraba en el alma de los que la escuchábamos y que en aquella tarde última de Mayo tenía algo de imborrable.

Desde este día H. Bandrés se aplicó con más intensidad a ser fiel a sus promesas, bien persuadida como lo estaba de la grandeza del don que el Señor le había otorgado y de su indignidad y miseria como solía decir cuando en recreos hablando del beneficio de la vocación exclamaba:

"Y luego una que no es más que miseria, indignidad y soberbia… ¡Qué amor el de Jesús y cuánta miseria la de su criatura!".

Sin duda alguna al verse abrumada por las gracias con que Jesús la enriquecía, en carta a sus padres, deja vislumbrar algo de lo que por su pura alma pasaba, de lo que su generoso corazón sentía.

"No pueden figurarse lo contenta y tranquila que me encuentro desde su marcha. Cuidadito con interpretar mal estos reglones, que sólo me mueve el escribirlos, el grande, verdadero y filial carió que saben que les tengo.

"Al renovar con sus visitas sus gratos recuerdos es necesario sacrificarlo todo de nuevo, para ser toda y siempre de Dios. Así que, al hacer, ayudada por la gracia lo que la Divina Providencia me exigía, ya no ansío más que ser fiel a mis promesas, trabajar mucho por Jesús y perseverar hasta el último suspiro en el ofrecimiento de mi sacrificio.

No es posible explicar la satisfacción que proporcionan los santos votos, y aunque casi me parecer un sueño verme Hija y Esposa de Jesús, , lo extraordinario que experimenta mi corazón, me persuade de la realidad.

"Vdes. todos a una, no se cansen de ayudarme con sus oraciones persuadidos de que mucho lo necesito para corresponder a mi santa vocación, como el Señor y la Santísima Virgen desean que… enemigos , a nadie faltan".

He ahí su pensamiento único, alrededor del cual, gira su vida de profesa. Lo confiesa ella misma: corresponder al inmenso beneficio que Jesús le ha hecho: para

esto necesita sus energías todas, necesita gracias abundantes, necesita las oraciones de los suyos, para vigilarse a sí misma, para no tolerarse nada, para conocer, amar, darse…

Alerta continuamente, escribe. Quiero amar y conocer más y más a Jesús; pues si tengo amor, fácilmente me abrazaré como debo y quiero de veras, con el tercer grado de humildad y ofreciéndose el mismo galardón por el dolor y el reposo, abrazarme con la pobreza, cruz, mortificación y desprecios, solamente por parecerme en algo y probaros mi amor, prefiriendo siempre la cruz, para ser alma de sacrificio y humildad".

Y valiente en sus deseos, como decidida para ejecutarlos siempre, así se lo pide a Jesús fervorosamente.

Dejándome en vuestras manos, para que, haciendo Vos de mí lo que os plazca, corresponda a vuestro amor, logre mi fin y aun a costa de mi débil naturaleza, os pido me deis a gustar algo de vuestras humillaciones, pobreza, mortificación etc., y os pido de corazón que me mandéis contrariedades, allí donde más sobresalen mis pasiones, para que de esta manera las domine y sea una verdadera y útil Hija de Jesús que trabaje sin decaimientos, por vuestra gloria y lleve a muchas almas en pos de Vos.

Yo os prometo cumplir con perfección las Reglas del Instituto de vuestras Hijas y os pido me concedáis la perseverancia en la vocación, con un gran amor a la vida religiosa y al espíritu de nuestra M. Fundadora.".

Como había edificado a sus connovicias, fue también la edificación de sus Hermanas profesas. Aquella sencillez exactísima puntualidad y observancia, aquel vencerse en todo buscando siempre el último lugar, pero sobre todo y especialmente buscar complacer a todas con las exquisiteces de una fina caridad, no podía menos de cautivar.

Yo, escribe una de nuestras religiosas profesas que por entonces estaba en la casa noviciado de Salamanca, "puedo decirle que ella a pesar de sus pocos años y de su corta vida religiosa, tenía la prudencia de las almas santas y maduras. Mucho me consoló en mis horas amargas haciéndome ver las cosas bajo un prisma puramente espiritual elevadísimo. No creo que los santos hicieran más para serlo".

Aun para cosas al parecer muy insignificantes pedía permiso, siendo muy delicada en este punto. "Era obedientísima y había que tener gran cuidado en el menor deseo manifestado, pues entendía perfectamente el espíritu de la regla sobre este particular y se lanzaba a realizarlo costase lo que costase". Esto es de su Madre Maestra.

Una de sus connovicias dice: "H. Antonia era la misma obediencia". Otra: "Siempre admiré en ella la constancia en el obedecer y el cómo obedecía, no sólo como si no le costara nada, sino con muestras de verdadera complacencia según el espíritu de nuestra regla, y esto aunque realmente le fuera muy costoso".

"H. Antonia, dice otra de sus connovicias que también compartió con ella unos meses en el juniorado, en los tres años que conviví con esta buenísima Hermana, pude

observar en ella que desde el primer momento, se dio de lleno a Dios nuestro Señor, no regateándole nada. Era muy sufrida. Jesús la probó en esto y sufría, no sólo en el cuerpo, sino también en el espíritu, pero lo sabía ocultar con aquella sonrisa y aspecto agradable, producido sin duda alguna, de su ecuanimidad de carácter que todas observábamos y que tanto nos hablaba y enseñaba.

Recuerdo a este propósito, un día en que siendo aún novicias las dos y teniendo a nuestro cargo la limpieza del piso de la capilla, se le escapó un suspiro y por él comprendí yo le costaba mucho aquel trabajo por no encontrarse bien aquel día. Quise avisar a nuestra Madre Maestra, pero de tal modo me habló y suplicó que callara, que al fin me arrancó la promesa de no decir nada y siguió trabajando con más afán, como si nada le pasara, dejándome a mí confundida de aquel santo arresto en vencer la naturaleza.

Esa querida Hermana continúa la misma religiosa que no se ocupaba de sus dolencias, tenía ojos de lince para observar la menor indisposición en las demás, y viendo en la tabla de oficios si tenía alguno, pedía permiso para sustituirla. Cuando esto no podía por tenerlo ella también, acudía a alguna otra y solía decir: H.N. le toca tal cosa y no debe estar bien; si V. quiere pedir permiso para reemplazarla?".

Varias testifican lo mismo, ya en una forma ya en otra, conviniendo todas en el espíritu humilde, caritativo y sacrificado de nuestra H. Bandrés.

Y a pesar de que todas coinciden en que realizaba todos esos actos con verdadera satisfacción, su M. Maestra nos lo deja indicado: Antoñita confiesa cuánta repugnancia sentía y por eso mismo pido continuamente permiso para hacerlos aunque no me toquen para vencer esta repugnancia".

Puede aspirarse a mayor perfección, en la adquisición de las virtudes sólidas y perfectas que a la Hija de Jesús le pide su regla 137 y 142? Antoñita tomó de ellas la mejor parte aunque la más costosa, la más elevada, la que eligen las valientes, según San Ignacio.

"Quiero mirar con horror esta divisa mundana: Seguir de lejos… mar a medias"…había escrito al principio de su vida religiosa y… lo cumplió. A ¿qué precio? Es precisamente lo que las almas reales que dice la querida Virgen Avilesa, en la mercancía divina de la santidad, nunca calculan, no entienden de ello. Lo que les importa en gran manera es adquirirla y no más.

Cuando a poco de profesar y cumpliendo el ardiente deseo de nuestra M. Fundadora, se abrieron clases que actualmente funcionan en la casa noviciado Sagrado Corazón, para beneficiar con ello principalmente a los niños del arrabal y barrios anejos, fue H. Bandrés designada para trabajar en ellas y a la vez que hacía sus estudios, irse ensayando en nuestra vida de apostolado, y aunque alegó sus insuficiencia, se prestó a ellas con celo y entusiasmo, desplegando sus energías con el mayor cariño y con intensidad, como lo hacía en cuanto le encomendaba la obediencia.

En carta a su hermana religiosa dice: "Esto está transformado. La supongo enterada por R.M.M. Yo voy de once a doce a la clase de párvulos a enseñarles a ser

artistas (le daba clase de dibujo y canto y también a las niñas). Pero me cunde tan poco el tiempo para aprender a enseñar. Encomiende a Santa Rita mi violín, francés y piano. ¡Pobrecitos, cuánto me hacen pensar!".

Era un encanto verla con el grupo de parvulitos al terminar la clase todos con sus manitas juntas, concluir con aquel: "Niñito Jesús de Nazaret, enseñadme a callar y obedecer".

De por entonces, es una carta en donde deja correr la pluma: "Empapémonos prácticamente de las lecciones que en silencio nos dan (se refiere al Portal de Belén) y renovemos nuestro sacrificio pidiéndoles nos comuniquen su espíritu de abnegación y humildad, que sin decaimientos deliberados nos encaminen al fin".

En los meses que siguieron a su profesión hasta su envidiable y santa muerte, marchó H. Bandrés a velas desplegadas por las ondas de la confianza y el amor. En pos de ellos se sentía fuertemente atraída, pero sin osar lanzarse de lleno hasta esa época.

Prefiero acudir a ella misma, son las últimas páginas de su cuadernito de notas. Corresponden a los días de Ejercicios dados a la Comunidad por el P. Federico González, S.J. del 28 de Agosto al 7 de Septiembre.

Analiza el estado de su alma y con encantadora sencillez dice:

"La situación en que generalmente me he encontrado durante estos hermosos y felicísimos días, ha sido más bien fría, desolada, pero por la misericordia del Señor, no han faltado alternativas, momentos en que iluminada, confortada y guiada por mi Jesús y mi Madre amada, he hecho firmes propósitos abundantes, pero con tu gracia Señor voy a reducirlos a tres:

1º. Al arrepentirme con cierto fervorcillo inmerecido, pero sensible (1) al sentir un pensar inmenso de haberos ofendido. ¡Dios mío! os he prometido rectificar mi vida transformándome en Vos, cuanto con vuestra gracia pueda, no deseando más que trabajar contigo, por Ti y en Ti y así salvar mi alma.

"Esto espero, Madre, conseguir con la gracia divina, siendo siempre fiel a estos propósitos que me inspiráis ofrezca.

2º. Exactitud en los Ejercicios Espirituales.

(1)Nótese que es la primera vez que se encuentra esta confesión, *pero sensible.* Dice su M. M..: "Yo la veía siempre inclinada a la oración, aprovechando los ratos libres para acompañar a Jesús; pero el Señor la probó con grandes sequedades en la oración. Solía decirme que no encontraba gusto alguno sensible en sus devociones, pero no por eso descuidó ninguna de ellas, ni dejaba de acudir a Jesús y a la Santísima Virgen constantemente".

3º. Llevar bien el examen particular.

"En la confesión procuraré ser clara , sencilla y aunque yo le dije a la Virgen iba muy dispuesta a humillarme, no me permitió el Padre manifestarle lo que tanto me intranquilizaba, diciéndome que aunque era poco amigo de adular veía en mí, un alma grata a Jesús y propia para la virtud. ¡Qué confusión!

Me dijo era más bien tentada a la desconocida y oculta tentación contra la esperanza y confianza que de las tentaciones aborrezco. Que si mirando al Crucifijo sentía tentación le contemplara y besara tranquila.

Me aconsejó llevar el examen particular de la alegría y libertad espiritual, apuntando por falta siempre que con un pensamiento, contrariedad o humillación, perdiera la paz interior aunque brevemente".

A imitación de nuestra Madre Fundadora, no puede, no sabe ir a Jesús sin su Madre, a quien tanto ama.

"¿Con qué y cómo daré más gloria y contento a Jesús y María?".

A. Bandrés, H. de J.

CAPÍTULO XI
SU AMOR A LA SANTÍSIMA VIRGEN

La devoción verdadera, es amor fino, delicado. El basamento de toda santidad, es el amor a Jesucristo y quien de otro modo pretendiera levantar el edificio de su santidad, no lo conseguiría. El edificio se derrumbaría. A la magnitud y elevación del edificio ha de responder necesariamente la profundidad y naturaleza de esos cimientos.

El amor a Jesús, complacer a Jesús, sufrir por Jesús, lo llevamos visto, electrizaba a nuestra H. Antonia, por eso amorosa y confiada acude a María para que esta dulce Madre le aliente e inspire, porque nadie como María penetró tan adentro en el amor a Jesús y nadie como Ella para conducir y arraigar el conocimiento y amor a su Divino Hijo.

Nuestra Hermana, "tan pronto conoció a Jesús le amó" dice su Director espiritual y naturalmente se sentía también inclinada al amor de la Santísima Virgen. El ambiente mariano que encontró primero en el colegio y después en la Religión, facilitaron poderosamente el que la devoción a esta Reina y Madre Purísima, adquiriera en ella, fuerza tal, que no creo engañarme al afirmar que parte de la dulcedumbre y atractivos que poseía, irradiaban de esta salvadora devoción, que tan bien entendía, como practicaba, según las enseñanzas del Beato Simón de Monfort (¡).

Sus aspiraciones, expansiones y propósitos, diseminados profusamente en sus notas íntimas, en sus cartas, en los recuerdos de cariño, estampas, felicitaciones, etc, son el mejor y más valioso testimonio de cuanto sobre ello pudiera decirse. Prefiero acudir a ella misma.

"Madre mía, ayudadme y enseñadme a dar a mi Jesús amor, pureza y dolor. Yo deseo muy de veras sentir más amor hacia Ti, hacia tu Madre y mía, al sacrificio, más celo para trabajar por vuestra gloria, más entusiasmo por mi vocación y la Congregación, más fe en la lucha, más confianza en la tentación y… más amor a la Regla y a la cruz".

Bellísimo programa a desarrollar y para el que se pertrecha de lo necesario, derivándolo todo de su amor a Jesús, modelo por el tiernísimo de María, sin el que la santidad de nuestra Hermana, no hubiera sido tan atrayente.

No puede, no sabe ir a Jesús sin su Madre, a quien tanto ama.

"¿Con qué y cómo daré más gloria y contento a Jesús y María?" escribe.

Si analiza sus actos a Ella acude: "Haz Madre mía, que me reconozca".

Ansía obrar con María, pero desapareciendo la propia pequeñez. "María, mi buena Madre, es menester que Vos crezcáis en mí y yo disminuya más que nunca.

"Aún cuando me encuentre entre las criaturas, ocupaciones, recreos, paseos, etc., esté siempre en continua unión con Vos, Jesús mío y Madre mía. Sea eterna y perfecta nuestra crucificada unión.

"Cuando fuere atribulada y triste me encuentre, acudiré a María".

"Mi corazón es bastante para Jesús y María; Jesús y María son bastante para mi corazón".

Mis clases siguen remachándolas sí, pero perfeccionándome en ellas, no. ¡Soy más cabeza dura! No quiero pensar en mi inutilidad. Me dejo en manos de Jesús y la Virgen. Ellos hagan de mí lo que les plazca y sea verdadera Hija de Jesús.

Si el no caer en gracia a las criaturas ha de servir para que más me atiendan Jesús y la Santísima Virgen, continúe la broma". (Se refiere a una persona de quien esperaba alguna atención que no recibió).

Carta a sus padres, 21-1-1918.

En la preparación de las fiestas de la Santísima Virgen, era de las que más se esmeraban en ofrecerle lo más costoso. Porque eso decía frecuentemente en los recreos, es lo que más gusta a nuestra Madre. Lo recomendaba mucho en sus cartas a los suyos y cuando sabía que así lo hacían, recibía con ello gran consuelo. Se le notaba al exterior el gusto con que se dedicaba a cualquier trabajo u ocupación que redundara de algún modo en honra de la Santísima Virgen.

Era muy devota de la Santísima Virgen, dice su Madre Maestra. Le encantaba adornar el altarcito que teníamos en la capilla del noviciado y sin poderlo remediar, ella que era tan igual en su trato, dice otra Madre, se inundaba de tal contento y regocijo, que lo transmitía a las demás notándose esto mucho en los recreos que le ocurría algo parecido que con las fiestas de Jesús.

Y otra que la trató y observó mucho: En los recreos tenía un don especial para, sin ser inoportuna, mezclar algo de los dos amores del Instituto, Jesús y María.

A imitación de nuestra M. Fundadora no sabía, no comprendía, no podía separar los dos amores y como era tan agradable su conversación y tan llena estaba de Jesús y María, aquello del *Kempis* se cumplía en ella con toda verdad.

En carta de una de sus hermanas:

"¡Cuánto me alegro que N. y las demás hayan tomado, con el debido empeño el obsequiar cuanto puedan a nuestra amada Madre Inmaculada! Procurad crezca cada día más en vuestros corazones el amor a María, y en toda clase de contratiempos, y en

cuanto despertéis por la mañana y muchas veces durante el día, acogeos bajo su manto, para veros siempre libres de los lazos que a cada instante tenderá el infernal dragón, pretendiendo haceros caer en el pecado.

Mucho ojo, que donde menos pensamos, quiere el demonio hacernos juguete de sus asaltos. Repitamos a menudo: Dulce Madre, no te alejes, etc. Tu vista de ellos no apartes, acompáñalos a todas partes y solos nunca los dejes. Así puedes Vds. Decirle por nosotras.

Leía hace unos días, que tanto más grato es a Jesús todo lo que le ofrecemos cuando se lo damos por manos de María, deseando al mismo tiempo revestirnos con las disposiciones con que Ella siempre le agradó en su *vida de sacrificio".*

21-1-1916.

Y a uno de los pequeños, escribe: "Maitia, haz cuanto te manden los aitachos y hermanitos, así como los P.P.E. y di todos los días: Madre mía, prepara y guarda mi corazón, para que siempre sea vuestro hijo fiel.

Supongo (a una de sus hermanas), habrás salido calentita de los Ejercicios, con muchos deseos de ser verdadera Hija de María. ¿Verdad? Todas esas cositas que te cuestan ofrece por ellos a la Santísima Virgen y no tengas cuidado, que Ella los cuidará y a todos juntitos nos tendrá bajo su manto.

"Cuídense mucho (a sus padres) y juntitos y alegres. Dios velará por todo y la Virgen nos dará fuerza y gracia, para soportar toda clase de fríos en cuestiones materiales, pero en la hoguera espiritual; el sagrario y bajo su manto (el de la Virgen)".

Amaba también mucho a San José y a la santita de Lisieux, reservando amor de hija para nuestra Madre Fundadora. "Los 19, dice repasaré la meditación de la muerte.

"Me entrego a mi Madre Inmaculada y en Ella y nuestra M. Fundadora, confío se dignarán disminuir mi pequeñez y llevarme a Jesús, a quien deseo entregarme por toda la eternidad.

Encomendémonos, dice en otra , a este ángel (se refiere a una edificante Hermana nuestra, Coadjutora, que en sus últimos momentos declaró había procurado siempre *callar y sufrir)* y tantas otras hermanitas nuestras, y particularmente a nuestra bendita M. Fundadora, para que con su intercesión y ayuda, practiquemos sólidamente bajo el manto de María, la observancia y abnegación que nos ha de conducir allá… ¿Eh?".

Termino con un párrafo hermosísimo de una de sus cartas en la que después de felicitar a su hermana N. dice:

"En ese *chapucero* mundo te encuentras rodeada de enemigos ocultos y manifiestos que con mil mañas se esfuerzan en conquistar tu alma y para triunfar de todos ellos necesitas abrir muy bien los *veguis.* Pero a nada temas maitia, acógete al abrigo de la Santísima Virgen, enciérrate con nosotras en los pliegues de su manto y con mucha confianza abre tu corazón a la Inmaculada. Represéntale cuanto te aflige,

deseas, tus inquietudes y apuros, que como verdadera Madre, será tu ayuda protección y guía.

"Ten calma que Ella y sólo Ella, sabe lo que te conviene para cumplir la divina Voluntad, en la que en este mundo se encuentra la felicidad, pues hasta los penosos sacrificios que en ese cumplimiento se presentan, con su gracia se hacen más llevaderos".

Vaya el testimonio de una Religiosa, no de las nuestras, que trató mucho a H. Bandrés estando aún las dos en el mundo.

Respecto a su amor a la Santísima Virgen, haciase notar en Antoñita bien pronto en sus conversaciones que lo hacía con una naturalidad, como quien está familiarizada con su constante recuerdo.

Una tarde al toque del Ángelus, después de rezada esta oración, continuó diciendo aquel versito: Mañana voy a comulgar, etc., etc. -¡Qué bonito!, dije yo, me lo tienes que enseñar. Y, tan complaciente lo repitió todas las veces que fue necesario.

Era un día de Jubileo y observé que Antoñita hacía muchas visitas; era ya tarde y ella continuaba sus visitas (ya casi sola, en la iglesia). Tuve curiosidad y le pregunté por quién las ofrecía y me contestó: " Yo todas las ofrezco a la Santísima Virgen para quien Ella quiera".

No recuerdo con qué ocasión hubo una procesión en que llevaron la imagen de vuestro colegio; de las cintas que se desprendía de la Santísima Virgen, iban varias colegialas con velos blancos y ente ellas Antoñita; mira Natali, no sé cómo decirte lo que hacía sentir el contemplarla, que con sus ojos bajos y aquella expresión celestial, parecía un ángel en carne humana. Nosotras, no nos cansábamos de decir: Mirarle a Antoñita. Yo creo que no estaba en la tierra; y sé que hubo quien lloró al contemplarla.

Madre mía, haz que no me canse de sufrir, mientras no cese de vivir.

A. Bandrés, H. de J.

CAPÍTULO XII
SU VUELO A LA PATRIA

Su salud que no era muy fuerte, se iba debilitando. Con tal motivo, nuestra Hermana encontró una fuente riquísima de merecimientos.

Amantísima como era de la vida de la vida común, que para ella tenía grandes encantos, sufría no poco con los cuidados extraordinarios a que fue sometida, tanto en los alimentos como en lo demás practicando a la letra aquello que ya en sus segundo año de noviciado había prometido: " Mortificarme en comer más, aunque crea me ha de hacer daño pues la obediencia me lo ordena. (1).

Varias veces, y al parecer por causas muy ligeras, enfermaba obligándole la obediencia a guardar cama; más, en nada se alteraba su igualdad de carácter, el dominio que sobre sí ejercía, pues aunque tuviera cualquier contrariedad, nunca, dice

su M. Maestra, la vi descomponerse a pesar de que, si no me engaño, tenía genio fuerte.

No podía atinarse en el origen de aquel estado que preocupaba más, porque desconociendo el mal no podía atacársele de frente, hasta que, en febrero, un fuerte cólico hizo sacar la cabeza a la enfermedad.

Visitada por el Dr. Bustos, diagnosticó ser de cuidado el estado de la Hermana. Fue trasladada a una habitación que sin ser la enfermería, podía guardar reposo, absoluto y serle a ella de gran consuelo, por estar contigua al oratorio.

Entró en ella con la firmeza del atleta que sabe va a conquistar la palma del triunfo.

¡Qué bien! - ¡Dios se lo pague! Repetía agradecida. Nada nos decíamos unas a otras, y sin embargo presentíamos que de allí volaría al cielo. ¿Qué pensaba ella?

He aquí la clave que nos lo resolverá:

"Le preocupaba mucho, dice, su M. Maestra, el alma de… a quien ella quería mucho, y no marchaba por el camino que hubiera deseado. Por él hacía muchas oraciones y penitencias y hasta ofreció la propia vida por la salvación del alma de ser tan caro para su corazón".

Y cuando durante las vacaciones de Semana Santa su Hermana religiosa pasó unos días a su lado, en una de las entrevistas que tuvo con ella, pocos días antes de su muerte le dijo:

" Me voy a morir, he ofrecido mi vida por la salvación de… El seis o el ocho de enero del año pasado (2) estábamos en la capilla, y no sé, si en la oración o enseguida de comulgar, sentí en mí una conmoción extraordinaria, algo que nunca podré explicar, y pareciéndome que el Señor, por medio de la Virgen, pedía el sacrificio de mi propia vida por la salvación de …Enseguida, sin pensar en consultarlo a nadie, y siguiendo la fuerza de la inspiración divina, yo me ofrecí totalmente a Jesús como víctima y desde aquel momento me sentí enferma, y ya no he tenido un rato sin dolor".

---

(1) Ejercicios Espirituales 1917, dados por el P. Erundino Maestro, S. J. citado antes.

(2) Profesó el 31 de Mayo de 1918.

Confesión sincera y generosidad valiente en su oblación, que el Señor parece aceptó, regalándola con la cruz de la enfermedad, en donde iba a consumar lentamente y en silencio su ignorado martirio.

Al sentirse enferma y comprendiendo su origen, se lo comunicó a su M. Maestra y más tarde a su Director. Ambos la reconvinieron por no haber tomado consejo antes de su ofrecimiento, añadiendo que bien podría creerse ser de Dios la petición, ya que tan seguidamente a juzgar por los efectos, fue aceptada la ofrenda, animándola a proseguir valiente y generosa su calvario, como lo hizo, hasta el postrer instante de su vida.

Tres meses habrían de transcurrir aún antes de ser libertada de la cárcel del cuerpo.

Las Hermanas que cuidaban a la enferma estaban admiradas de la alegría dulce y tranquila con que sufría. Era muy sufrida, dice una de las enfermeras y jamás pedía ni rehusaba nada.

"Jesús mío, Virgen mía, Madre querida"… eran las únicas quejas que brotaban de sus labios, cuando el sufrimiento arreciaba: una triple mirada al Crucifijo, a la imagen de la Virgen y de su M. Fundadora que tenía delante, una dulce sonrisa a las que la acompañaban y " ¡No es nada" decía.

Una infección intestinal causaba estragos en su pobre naturaleza, los médicos aplicaban remedios, el mal no cedía y nosotras sufríamos de verla sufrir, de no poder aliviarla y de los fundados temores de perder aquel ángel.

Enterada su familia del estado de la enferma, todos, particularmente su madre, suspiraban por verla; pero no les fue concedido este consuelo. Estaba en clausura y así les fue preciso resignarse a no ver más aquel ser querido. Sólo su padre desde la galería, pudo disfrutar unos minutos de la vista de la querida enferma, teniendo la puerta de la habitación abierta y así cruzar con ella unas palabras.

Su padrino, a quien amaba entrañablemente se presentó una noche en la casa noviciado, acompañado de los Sres. Unamuno, D. Indalecio Prieto y el Dr. Villalobos, alegando el primero su carrera de medicina para ver a su ahijada.

Las Madres que recibieron la visita, un tanto recelosas de que fuera un ingenioso ardid, para satisfacer el deseo de ver a la sobrina lo de la carrera médica, se lo comunicaron a la enferma que contestó: "No lo crean: mi tío nunca ha estudiado medicina, no puede verme. El buen padrino no se resignaba a marchar sin ver a su ángel, pidió y obtuvo el beneplácito de las Madres para que el Dr. Villalobos celebrara consulta con el médico de cabecera y después continuara visitando a la enferma como lo hizo, con solicitud y el más vivo interés.

El doctor quedó complacido de todo: del régimen seguido, habitación, etc.

La Rvdma. M. General, viendo la angustia grandísima que el tío experimentaba, propuso a H. Bandrés le hablara en la misma forma, que días antes lo había hecho con su padre, a través de la galería que está fuera de clausura. No lo consintió en manera alguna. El sacrificio había de ser completo, decía, aunque le costara.

Ella misma confesó a su Hermana Religiosa pocos días antes de morir, lo muchísimo que esto le había costado; "pero *de hacerlo, hacerlo entero",* concluyó.

Así se mostraba toda su voluntad de acero, cuando se interponía algo que encerrara un gusto o complacencia.

Ahora, lo mismo que en salud, la misma ecuanimidad. Agradecía hasta lo sumo los servicios que le prestaban y las enfermeras se consideraban dichosas de poderla cuidar.

En una de las entrevistas que tuvo con su Hermana, viendo ésta la tranquilidad con que le hablaba de la muerte, le dijo: Entonces ¿sientes deseos de dejarnos?

_ “ No tengo más preferencia por la muerte que por la vida” –contestó. “Si el Señor me diera a escoger, nada escogería, no quiero sino lo que El quiera”.

_ ¿No sufre al pensar lo muchísimo que estarán sufriendo nuestros padres? “Por ellos sí, contestó la enferma, pero por mí, no. Estoy completamente resignada y tranquila. Nada de este mundo me apena. Estoy totalmente entregada a la Voluntad de Jesús. Dígale esto cuando me muera”.

Durante los días que precedieron a su muerte y que estuvieron juntas las dos hermanas, se renovaban escenas como éstas, sin que de aquellos labios brotan más palabras que de aliento y valor para su hermana, diciéndole cosas preciosas del cielo, donde volverían a encontrarse, de su dicha por morir Hija de Jesús y por dejar tan pronto este mundo. Hablaba de su partida a la gloria con la alegría de quien piensa hacer un viaje feliz. Recibía muy a menudo a su Jesús Sacramentado, y el 18 de Abril, Jueves Santo, mostró deseos de recibirle por Viático, pero no habiendo peligro inmediato, le fue dilatado.

No podemos resignarnos a perder aquel tesoro de virtudes. Sacrificios costosos, oraciones, novenas, fervorosas plegarias, se elevaban al cielo, para retener en la tierra al ángel que debía volar a la Patria, porque era su morada.

El Viernes Santo, por insinuación de la Reverendísima Madre General, comenzamos una novena en cruz a la Santísima Trinidad y a la Virgen Inmaculada, para que por intercesión de nuestra M. Fundadora, se nos concediera la salud deseada.

La enferma oía las preces, se sonreía… El Sábado, día de gloria rogó le abrieran el balcón que daba a la huerta de la habitación, para oír como deseaba, el repique de las campanas, anunciadoras de la Resurrección de Cristo, consolándose, como decía, en que muy pronto iría a celebrarla al cielo; pero contenta, mientras llegaba la hora (repetía a menudo), con estar acá abajo, todo el tiempo que fuera del querer divino.

A veces estando su Hermana con ella tocaba la campana a distribución y al momento decía la enferma: “Váyase” y alegando que tenía permiso general para estar a su lado cuanto tiempo pudiera, solía responderle con santa entereza:

“De hacer , hacerlo entero, es lo que más me cuesta. Váyase”.

Un día miraba con atención sus blancas y huesudas manos y dirigiéndose a la Rvdma. M. General sentada a su cabecera: “Madre, estos dedos que pensábamos iban a dar tanta gloria a Dios tocando el violín y el piano, apenas pueden moverse y mi voz casi no se oye.

-No importa hija mía, replicó la Madre, en el cielo tocará y cantará otras armonías más dulces y sonoras que las de la tierra. Desde allí salvará las almas.

- ¿Qué quiere para las Hermanas de Segovia? Le preguntó una que les estaba escribiendo. Dígales que ofrezco por ellas un poco de mis sufrimientos.

En cierta ocasión le leían una carta angustiadísima de su madre, que demostraba el deseo de morir por ella, y entonces volviéndose a su Hermana le dijo:

-Oh, no escríbale enseguida, yo para nada valgo en la tierra, ella hace mucha falta. Además Jesús espera a su hija no a la madre. Consuélela, dígale que muero muy contenta", y continuó con toda sencillez haciendo esta revelación.

"Durante mi vida, todo ha sido para mí duro, frío, seco; a mí, no me ha regalado Jesús sus caricias; pero ahora, todo es paz, siento una alegría intensísima, estoy rebosando de consuelo. Siento que la Virgen está a mi lado, que Jesús me ama y yo le amo".

Viéndola tan acabada, una Hermana que la quería mucho, rompió en llanto. La consoló la enferma valientemente. Quiso la misma Hermana proporcionarle un alivio pidiendo para ella un objeto que sabía le vendría bien; pero la joven Religiosa, cual soldado valiente, suplicó con insistencia no lo hiciera, pues ya le faltaba muy poco y fiel a lo prometido, no quería perder la ocasión de sacrificarse por su Jesús.

Una sed ardiente le abrasaba. Tenía junto a su cama agua de San Ignacio, de la que le permitían beber cuanta quisiera. Bastó una indicación de la enfermera de que sería conveniente que sólo lo hiciera de vez en cuando, y entonces tres sorbitos por Jesús, María y José y este consejo, que para ella era una fuente de mortificación, le cumplió, como si fuera un mandamiento, y con tal fidelidad, que ni aún en sus últimos momentos quiso ni una gota de agua ni humedecer sus labios, pues como para ayudarse a cumplirle, con animoso valor solía repetir: "Quiero sufrirlo todo por Jesús y por la salvación de …".

¡Dichosa y querida hermana!. En tu Dios habrás encontrado la fuente de aguas vivas que saciarán tu sed eternamente.

El miércoles 24 hubo de dar el último adiós en la tierra, a su hermana que tenía que regresar a Segovia, para continuar sus tareas escolares, pasadas las vacaciones.

El corazón de nuestra Hermana, todo ternura, sufrió con la despedida y abrazando a su hermana bañada en lágrimas… ¡Adiós, le dijo, hasta el cielo! Y enlazando sus manos en las que estrechaba la imagen de la Virgen, con las de su hermana, ambas depositaron un último beso en la imagen de la Madre querida, que debió recibir como tal, la oblación que le hacían sus hijas.

El 26 se agravó notablemente y se creyó llegado el momento de satisfacer las ansias que tenía de recibir a Jesús por Viático.

Muy consolada con la buena nueva tan suspirada. "Enseguida, Madre. Cuanto antes", y con transportes de santa alegría, recibió a Jesús repitiendo con entereza las palabras litúrgicas.

La aurora del gran día para esta alma escogida, brillará muy pronto.

"Hoy sábado… ¡Hermoso día! ¿Será mi partida? Repetía con encantadora sonrisa. Hoy se concluye la novena de la Santísima Trinidad y de la Virgen. ¡Ya llega el momento de irme al cielo, de abrazar a la Virgen!...

Rodeada de varias Madres, empezó de nuevo a hablar llena de júbilo santo, repitiéndoles lo que antes había dicho a su hermana: que había ofrecido su vida por…

y confiaba en el Señor, que pues el sacrificio era aceptado, el alma objeto del mismo, iría a su Dios, como tanto ella lo deseaba.

Después suplicó a la Madre General, dijera a sus padres que aunque no ofrecía la vida por ellos, era porque a ellos no les hacía falta; pero que les amaba mucho y nunca les olvidaría.

Rogó que le dieran ciertas cositas de su uso; rosario, medallas etc., y besándolas con cariño pidió permiso para poder enviarlas como recuerdo, como última prueba de ternura a los suyos.

En la tarde de este mismo día, último que vivió en el destierro, tuvo lugar otra escena.

Acababa yo de entrar a pasar un ratito con ella y como de costumbre sus manos enlazadas, estrechaban las prendas de sus amores: el Crucifijo, la imagencita de su Madre del cielo y el rosario. Sus ojos amorosamente fijos en ellas, los levantó un momento, me miró y volvió a fijarlos de nuevo. También los míos se dirigieron a sus manos. Un color amoratado en las extremidades de sus dedos, anunciaba que el fin se acercaba.

Observó mi mirada insistente y preguntó. ¿Qué mira? –Que el edificio se derrumba. - ¿qué gusto- ¿Será pronto? – Así lo espero, le repliqué - ¿ En qué lo conoce? Insistió con interés. – En el color de esas manitas que pronto dejarán de moverse. Entonces, por favor, diga a la Reverendísima que aún me falta la Extremaunción y prontito, prontito que yo deseo estar bien preparada. (Precisamente iba yo a decírselo).

Le fue administrada por el capellán, que lo era entonces. D. Honorato Pérez, Beneficiado de la S.B.C., actualmente capellán de las Madres Carmelitas de Salamanca.

Siguió con fervor y consuelo de su alma, todo el ceremonial reflejando en su semblante las delicias con que su Jesús le regalaba en medio de un sufrir continuo.

Un hecho más, revelador de la exquisitez de sentimientos que estaba enriquecida nuestra Hermana.

El Sr. Pérez pasaba aquellos días por una prueba muy dolorosa. Hijo amantísimo, acababa de perder a uno de los seres más queridos, su padre.

En nuestra enfermita no cabían omisiones, ni aún en circunstancias como las que entonces atravesaba.

El capellán entró antes de administrarle el sacramento. ¿Cómo está H. Antonia? Le dijo. Y ésta como de costumbre, se olvida de sí, de sus sufrimientos, del paso que de un momento a otro tiene que dar y agradeciéndole cuanto por ella había hecho (le llevaba la Comunión durante la enfermedad), le recuerda la pérdida del ser querido, lo mucho que lo sien te, lo que ruega por el eterno descanso de su alma y la parte que toma en su justo dolor.

Los médicos, admiraban así mismo, aquel sonriente y reconocido afecto que les mostraba siempre por sus cuidados, dejándoles una impresión imborrable como a menudo lo confesaban.

Uno de ellos, el Dr. Villalobos que con afecto de padre la visitó, nos dejó el testimonio de sus impresiones, en una carta que después de la muerte de H. Bandrés escribió al padrino de ésta Sr. Bandrés (D.Antonio)

Hela aquí:

"Mi querido amigo: De intento he dejado pasar unos días antes de escribir esta carta, hablándole de las últimas horas de su sobrina Antonia. Quería hallarme con suficiente serenidad espiritual para hacerlo.

"Estoy habituado por mi profesión a presenciar escenas de dolor en hogares pobres y ricos; a contemplar emocionado la muerte de Religiosas de distintas edades, ansiosas de terminar con el mundo, para gozar el premio a su fe. Nunca he presenciado nada semejante a las últimas horas de la pobre Antonia, ni enfermo alguno llevó a mi espíritu una emoción tan intensa, como la que me produjo la última visita que la hice.

"Rogó salieran de la celda las demás monjas, porque según les dijo, quería hablar a solas conmigo. Con una tranquilidad de alma y una unción evangélica, asombrosa para sus pocos años, me habló de su muerte próxima; de su gratitud para conmigo por el interés que había tomado por su curación; de su carió por V.; por su padres y por su hermanos; de sus deseos de que protegiese a la Comunidad en todo cuanto necesitasen de mí; de la delicia que sentía al ver próxima su entrada en el cielo; de lo mucho que desde allí miraría por mí, por V. y por todos los suyos…

Yo estaba enternecido de amargura, porque se moría sin que hubiera medio humano de evitarlo y de gozo por aquella serenidad espiritual y aquella fe que la hacía feliz en sus últimas horas de vida.

No la vi morir y me alegré de ello. A las doce de la noche estuve a la puerta del convento y no quise llamar después de dudarlo y de pensarlo, porque la última visita al oscurecer, me dejó la impresión que le he relatado y me dolía mucho de no poder detener lo que inevitablemente ocurrió y que yo hasta los últimos días no esperaba.

La tomé tan gran cariño que me resistía a la idea de que no se salvase. Se lo decía a su padre y he de repetírselo a V. Quizás, fuera de un hijo que perdí y de mi madre, no me ha interesado nunca un enfermo tanto como la pobre Antonia.

"Quiera Dios darnos una muerte tan dulce como la suya.

Reitere a toda la familia mi testimonio de afecto. A su padre no le escribo porque no quiero hablarle de estas cosas y de otras que podría. En mi nombre dígale que he procurado en todo momento, que, a parte del cariño con que las monjas la han tratado, tuviera su hija con mis visitas y mi, presencia, el recuerdo de ustedes, si no igual en afecto, al menos con toda la cordialidad de que era merecedora por su grandeza de alma.

Es su buen amigo

FILIBERTO VILLALOBOS

De las últimas visitas que la hizo salió conmovido. Se nos va, hasta ahora no he podido convencerme de ello. ¡Qué monjita esa! Repetía.

La Rvdma. M: General y varias otras Madres y Hermanas, quisieron velarla esa última noche. No lo consintió su fina caridad. - ¡ No, por Dios!. Eso no puede ser, que pierdan la noche por mí. Váyanse, por favor, que cuando llegue la hora las avisaré.

En efecto, nos retiramos todas menos la enfermera, persuadidas que le quedaba poco de vida y con el ansia de verla morir.

Aún no había transcurrido una hora y fue avisada la más cercana. A los pocos minutos rodeábamos de nuevo a la querida enferma, que había entrado en la agonía, una agonía dulce, tranquila y aun puede afirmarse gozosa.

Al ver a la Madre General, ¡Adiós, Madre!, le dijo, me voy al cielo !. Déme un abrazo y continuó dan do esta prueba de afecto a todas, como quien marcha a un viaje…

Como pasara su vista por todas, una de las Madres le dijo: Aquí estamos todas a su lado, H. Antonia. –Todas no, replicó, que no veo a mi M. Maestra. - ¿Quiere que la llamemos? – Sí , desearía mostrarle una vez más mi gratitud por lo que ha hecho por mí.

Eran cerca de las doce. A los pocos minutos la Madre Maestra bajó. Ya no veía, pero la conoció en el voz. ¡Adiós, adiós hasta el cielo! Le dijo.

-Hermana, Le dice, tómeme el pulso a ver si llega la muerte, y al responderle: Ya se acerca, está muy próxima, sonríe, fija profunda y amorosamente su mirada en la imagen de la Virgen, como si de nuevo le volviera la vista, y reanuda sus predilectas jaculatorias que tan a menudo dirigiera a su Madre del cielo, para desahogar la ternura filial que hacia ella sentía.

Virgen hermosa, Madre querida,
Tuya es mi vida, vela por mí,
Y cuando logre dejar el suelo,
llévame al cielo cerca de ti.
Guardiana de mi pureza
¡Madre querida,
No te alejes de mi lado,
Defiéndeme, Vida mía!...
¡ Madre mía!
De tus ojos divinos, una mirada
De tu bendita boca, una palabra
De tus divinos labios, una sonrisa;
De tus benditas manos, una caricia
Y yo ¿qué más puedo desear?
¡Dulce Madre, no te alejes…
Tu vista de mí no apartes…
Ven conmigo a todas partes
Y sola nunca me dejes!...

De pronto calló, y dirigiéndose a la M. General: - Madre mía, me falta una cosa, mis votos Perpetuos. – Así es, hágalos hija mía. Una gracia más, replicó.

Entonces pidió perdón de sus faltas, pronunció con gran fervor la fórmula de los Votos, y como si para ella fuera todo estuviese cumplido, manifestaba sus ansias de volar al Paraíso.

Pero, ¿esto es morir? Preguntaba. Díganle a M: Natalia (su hermana religiosa) que no tenga miedo a la muerte, que es muy dulce morir en la Religión. Y se regalaba repitiendo hermosas jaculatorias.

¿Qué hora es? ¿Han dado las doce? ¡Se me escapa el sábado y no viene la muerte! Cuando Dios lo quiera, Hermana Antonia, le sugirió una Madre. – Sí, cuando Dios lo quiera, lo quiero yo.

Un sudor copioso y frío bañaba su rostro. Comenzó a alternar con las jaculatorias: ¡Jesús mío, salva a mis padres, salva a… salva…, salva a mis hermanos, sálvanos a todos!.

De pronto calló un momento y comenzó de nuevo a dar encargos para los seres queridos. NO podía separar los de la felicidad que ya tocaba y ansiaba para todos una vida que diera por frutos, una muerte semejante a la suya.

A su hermana N. que evitara cuanto pudiera el roce con… a Rafaelita, que en el cielo pediría por ella; para todos tuvo un recuerdo. Suplicó que agradecieran a las Madres del colegio de Tolosa, sus profesoras, cuanto les debía, que a todas recordaría e el cielo. A sus compañeras de colegio y amigas, a todas las Hijas de Jesús

Causaba verdadero asombro oírla, no pudiendo convencerse, de que, quien así hablaba estaba a dos pasos de la eternidad.

Alguna parte quiso el enemigo tener en los últimos momentos de aquella vida tan preciosa; pero se conoce que el Jesús, por cuyo amor se sacrificó durante toda ella, no lo consintió.

Una idea que de súbito cruzó por su mente, nubló por un instante la paz de su alma, y rápida como la idea, preguntó con cierta ansiedad a la M. General:

-¿ Y el Purgatorio, Madre?

-No tema, hija mía, le contestó, pasará por él como quien va de una habitación a otra y ya verá cómo enseguida se encontrará al lado de Jesús y de la Virgen Santísima, a quienes ha servido con fidelidad y amor.

Con esto quedó sumamente tranquila y repetía a muy cortos intervalos:

Dulce Madre, no me dejes…

Instantes antes de expirar cruzó los brazos sobre el pecho, abrazando entre ellos el Crucifijo, el rosario y la medalla de la Virgen. Aquella vida se extinguía, pero su voz cada vez más apagada, repetía:

Demuestra que eres Madre de clemencia,
Derrama sobre mí tus bendiciones,
Recibe el alma mía, ¡no te alejes!...
Quiero ser siempre tuya, ¡no me dejes!...

Y no pudiendo ya con los labios, haciendo un último esfuerzo, diciendo con las manos adiós, adiós, adiós, inclinando dulcemente su cabeza al lado izquierdo, voló su hermosa alma al destierro de la Patria, en la madrugada del 27 de abril de 1919, fiesta de la Santísima Virgen de Montserrat, cuando acaba de cumplir los 21 años.

Dejamos de verla, pero su recuerdo perdura en cuantos tuvimos la dicha de conocerla.

CAPITULO XIII

TESTIMONIOS EDIFICANTES

Por creerlo de gran valor, tratándose del confesor que tuvo nuestra querida Hermana desde niña, hasta su entrada en Religión, entresaco algunos párrafos de una carta que con motivo de tan santa muerte dirigió a M. Natalia, también dirigida suya.

Excelente Director de almas el Sr. Oscoz (D. Hilario), habla de su hijita espiritual con la seguridad de quien tan a fondo la trató y probó. A él corresponde no pequeña parte de la acrisolada virtud que nuestra ejemplar Hermana alcanzó.

Precisamente murió, cuando se trataba de escribir esta biografía y a nuestra petición de datos para ella, recibimos el recordatorio de su edificante muerte.

Tanto él como el experimentado Director R.P. Martínez, de santa memoria, habrán recibido el premio de todo el bien que a la querida Hermana hicieron.

Tolosa, 28 de Abril 1919.

"Mi muy amada en Cristo H. Natalia: No necesito encarecerte la participación grandísima que tengo en el dolor y pena que nos aflige por la muerte de tu queridísima hermana y mi muy amada y santa hija en Jesús, Antonia, que se nos ha ido a la gloria dejándonos sumidos en la más profunda tristeza y amargura.

¡Dichosa mil veces, la que después de haber cumplido su misión breve, sí, rápida, pero llena de virtudes y merecimientos , se ha dormido en tre los hombres para despertarse en medio de los ángeles!.

Los que la amaban nada más que con el amor natural dirán después de su muerte. ¡Pobre Antoñita! Pero nosotros que la queríamos entrañablemente en espíritu y en verdad, por ser conocedores de aquella hermosa y angelical alma, educada desde su infancia en la escuela de la humildad y de la mortificación más perfecta y acabada según las amabilísimas inspiraciones de su Esposo amantísimo Cristo Jesús, decimos: ¡Feliz y dichosa la virginal Hija y esposa de Jesús que acaba de trasladarse del jardín religioso de su Instituto, a las deliciosas mansiones de la Gloria, tomando parte en el coro escogido de las santas vírgenes, que muy cerca del Cordero inmaculado tienen el singular privilegio de cantar eternamente el himno de amor que sólo ellas pueden entonarlo.

Se acabaron para ella los dolores y las angustias de muerte llegaron a su término.

"Vivió mientras tuvo salud amando a su Dios y Señor, practicando en grado heroico todas las virtudes cristianas y hoy está gozando las dulzuras celestiales junto a su amadísimo Esposo.

"Los que como tú y yo, conocíamos íntimamente la angelical vida de H. Antonia y sabemos la ejemplarísima muerte que ha tenido, no debemos lamentar que se halle en compañía de los ángeles. Su vida santa, su muerte edificante, nos dan motivo para presagiar que está ya gozando de una dicha que nosotros no podemos prometerla, ni darla.

El domingo, (dice más adelante), pasé la tarde junto a tu madre. Hoy la he vuelto a visitar. Yo le digo que en medio del gran dolor de madre, hay que felicitarla por ser ya madre de una santa, a quien podemos encomendarnos para que ella a su vez, interceda por nosotros.

Mañana, Dios mediante, entraré en Ejercicios en Loyola, Ruega estos días mucho por mí para que el Señor derrame sobre mi alma sus gracias eficaces y llegue a ser un santo y pase los pocos días que me quedan de vida, amándole y santificando a los demás, para que luego vaya junto a Antoñita, a quien por sus singulares méritos tendremos que contemplar muy alto.

Para cuando salga de Ejercicios, que será el 7 u 8 de mayo, escríbeme una carta larga comunicándome las impresiones que recogiste junto a tu hermana y mi amada hija en C.J.

Saluda afectuosamente a la R. M. y Comunidad y tú sabes no te olvida en la presencia de Dios tu antiguo padre en C.J.

Hilario Oscoz ".

El concepto que de ella tienen cuantas de las nuestras la trataron, es siempre el mismo. Entresaco de varios testimonios que han dado, tres o cuatro.

Dichosa ella, sigamos su ejemplo en la virtud de la mortificación y en el amor a nuestra dulce Madre. Dé gracias a Dios por la dicha de tener una hermana en el cielo y encomiéndese a ella en sus apuros, dice una en carta a la Hermana religiosa.

No le doy el pésame, porque semejante muerte no es para entristecerse, sino para alegrarse mucho, mucho. Dichosa de V. que tiene una hermana tan buena y tan mortificada, que hasta el último suspiro ha demostrado poseer esta virtud, pues no quería en sus últimos momentos, ni una gota de agua, ni mojar los labios, todo lo quería sufrir por Jesús y por la salvación de…

¡Qué dichosa muerte! Repetía. ¡Qué dulce es morir. ¡Qué gusto ir al cielo!. No tuvo ni un momento de pena, todo era desear más y más unirse con Jesús y ¡Qué amor tan grande a la Santísima Virgen!. No se la puede olvidar.

Tenemos una hermana muy santa en el cielo. Cuando la miro en su recordatorio, dice una de sus Profesoras, más de una vez me he encomendado a ella. ¡Qué estímulo para V. M.N. tener tal hermana! Otra Madre.

Una de sus más íntimas amigas, hoy Hija de Jesús: Más que nunca, me encomiendo a nuestra Antoñita para que pueda copiar en mí las virtudes que en ella brillaron.

Siempre que la recuerdo, dice otra de las nuestras, es con grandísimo consuelo y santa envidia por verme tan pequeña junto a ella que tan rápido, tan admirablemente bien, hizo su camino; sirviéndome de estímulo entre lo bueno que en ella había y era mucho, su amor práctico al sufrimiento y humildad; la exquisita y fina caridad que dejaba a una confundida de agradecimiento y sobre todo aquel ser dueña de sí, siempre y en todo, que tanto encantaba en su trato.

CASI EPÍLOGO

La vida de H. Bandrés en su incesante *hacerse contra,* tan recomendado, por San Ignacio, en la vida de apostolado, cristalizó en aquella aspiración que siempre impulsaba el obrar de nuestra Hermana: *"No cansarse de sufrir mientras no cesara de vivir".* Aspiración que le fue tan plenamente satisfecha.

Vemos cómo a través de su hermosa vida, produjo los frutos riquísimos y sazonados, de siempre tender a la mayor perfección mediante la práctica de los deberes propios, en cada una de las etapas de su vida: e el mundo y en la Religión.

Una vida que sólo tiene de extraordinario, lo que canonizó a Berchmans, ser extraordinario en lo ordinario.

Obrar era el de nuestra Hermana, en el que siempre la voluntad propia caminaba guiada por lo que para ella constituía un solo deber y en el que refundía todos: " el Querer divino".

Fiesta de Cristo Rey

A. M. D. G.

INDICE

Págs

Prólogo…… 5

Capítulo I - En el hogar: sus primeros pasos…….. 6

- II – Vida de Colegio…… 9
- III – De una de sus amigas que más íntimamente la trató,

hoy religiosa Hija de Jesús…….. 13
- IV - Forja de almas…….. 16
- V - Lucha y triunfo……. 20
- VI- La postulante……26
- VII- La novicia…… 32
- VIII- Virtudes religiosas…….. 35
- IX – Cómo entendía sus votos y cómo los practicaba……. 41
- X – La entrega. Su gran día……. 49
- XI – Su amor a la Santísima Virgen…….. 55
- XII – Su vuelo a la Patria…….. 58
- XIII – Testimonios edificantes…….. 67

Casi epílogo…… 69